

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**TONY GARCIA,
AGENTE
DE LA CIA**

**Joseph
Berna**



En la habitación 606, Brenda Jackson se estaba dando una ducha.

Era una mujer joven, hermosa, con el cabello rubio y los ojos muy azules. Medía 1,70 de estatura y poseía un cuerpo sensacional, porque tenía el busto firme y desarrollado, la cintura estrecha, las caderas perfectamente redondeadas, y unas piernas largas, torneadas, maravillosas de verdad.

Con una anatomía así, se podía ser cualquier cosa.

Modelo, artista, bailarina...

Brenda había sido todo eso.

Y más cosas, aún.



Joseph Berna

Tony García, agente de la Cía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1756

ePub r1.0

Lds 10.03.19

Título original: *Tony García, agente de la Cía*
Joseph Berna, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

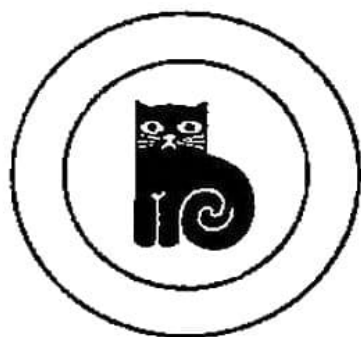
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Acapulco, México.

Hotel Caribe.

En la habitación 606, Brenda Jackson se estaba dando una ducha.

Era una mujer joven, hermosa, con el cabello rubio y los ojos muy azules. Media 1,70 de estatura y poseía un cuerpo sensacional, porque tenía el busto firme y desarrollado, la cintura estrecha, las caderas perfectamente redondeadas, y unas piernas largas, torneadas, maravillosas de verdad.

Con una anatomía así, se podía ser cualquier cosa.

Modelo, artista, bailarina...

Brenda había sido todo eso.

Y más cosas, aún.

Sólo tenía veinticuatro años, pero su vida, desde el momento en que dejó de ser una adolescente, había sido muy intensa. Había hecho de todo, cosas buenas y cosas malas, se había divertido, lo había pasado mal, había corrido peligros, había dado muchas bofetadas, le habían propinado golpes...

Se podría escribir una novela con todas las cosas que le había pasado desde que se hiciera mujer, pero sería un trabajo inútil, porque la novela no se podría publicar.

Si se publicara, Brenda iría a la cárcel, con toda seguridad.

Y arrastraría a mucha gente con ella, porque había tenido contactos con cada elemento...

Brenda, en aquellos momentos, no quería pensar en ninguno de ellos.

Prefería gozar de la ducha, del agua fresca, que resbalaba por su desnudo cuerpo, proporcionándole un maravilloso placer. Llevaba

ya algunos minutos así, sintiendo correr el agua por su piel, pero todavía no pensaba en cerrar la llave de la ducha.

De pronto, creyó oír un ruido en la habitación contigua.

No estaba muy segura, porque el rumor de la ducha era lo más próximo a sus oídos y podía ahogar o disimular cualquier ruido que se produjese fuera del baño.

De cualquier modo, Brenda cerró la llave de la ducha y se quedó quieta, tensa, presta a captar el más leve sonido que se produjese en la habitación.

Los segundos iban pasando y las tensas orejas de Brenda no detectaban ruido alguno, por lo que empezó a convencerse de que no había nadie en la alcoba, que su oído le había gastado una pequeña broma.

De todos modos, no volvió a abrir la llave del agua.

La ducha había terminado.

No se sentiría tranquila bajo ella si no echaba una ojeada a la habitación y comprobaba, con sus propios ojos, que no había entrado nadie mientras ella se estaba duchando.

Brenda salió de la ducha, cogió la toalla, y se secó el cuerpo con ligereza, colocándose seguidamente la pieza inferior de un minúsculo bikini rojo y una corta bata de baño, que se cerró un tanto descuidadamente, aunque no olvidó atarse bien el cinturón.

Después, fue hacia la puerta, que estaba cerrada, y la entreabrió algunas pulgadas. Era suficiente para echar una mirada a la alcoba y ver si había alguien.

Y, efectivamente, alguien había.

Dos hombres, concretamente.

Altos.

Corpulentos.

Con cara de gorilas.

De lo que eran.

Brenda lo sabía muy bien, porque conocía a los tipos.

Por eso se estremeció y perdió buena parte del color de sus tersas mejillas. Era lógico, sabiendo cómo las gastaban Morgan y Pardy, y la clase de órdenes que habrían recibido de Roy Edwards, su jefe.

Por su gusto, Brenda se habría encerrado en el baño.

Pero no lo hizo.

No hubiera servido de nada, porque Morgan y Pardy tenían fuerza suficiente para derribar no ya una puerta, sino una docena. Cargando con el hombro o a patadas, que también se les daba muy bien.

Su única posibilidad de escapar de la pareja de gorilas, era alcanzar la otra puerta, la de la habitación, y salir disparada de ella. Si los matones se lo permitían, claro.

Por el momento estaba difícil, ya que Pardy permanecía cerca de la puerta, cubriéndola. Morgan, por su parte, se había adentrado en la habitación y se encontraba a sólo un par de metros de la puerta que daba a la terraza.

Y no estaba allí por casualidad, sino para impedir que Brenda saliera a la terraza, porque desde ella se podía saltar, sin grandes dificultades, a una de las terrazas de las habitaciones contiguas.

A Brenda no se le había ocurrido, pero Morgan, que era un tipo muy previsor, sí lo había tenido en cuenta. Y allí estaba, cubriendo la puerta de la terraza.

En teoría, al menos, Brenda no tenía escapatoria posible. Aunque la rubia no perdía totalmente la esperanza de escapar de los gorilas de Roy Edwards.

Confiaba en su astucia.

Y en su exuberante cuerpo, del que se había valido en más de una ocasión para salir de situaciones realmente comprometidas. Volvía locos a los hombres y ella lo sabía.

Y Morgan y Pardy eran hombres.

Muy bestias, pero hombres.

Y lo demostraron clavando ambos los ojos en las tentadoras piernas de Brenda y en los bastantes centímetros de busto que la bata de baño dejaba al descubierto.

Brenda se alegró de no haberse cerrado mejor la bata, pues veía que sus encantos podían distraer a la pareja de matones. Si lo lograba, tendría posibilidades de burlarlos.

—Qué sorpresa, muchachos —dijo, forzando una sonrisa.

—No nos esperabas, ¿verdad? —sonrió también Morgan, aunque lo hizo de una manera tan fea, que más parecía que estaba oliendo a huevos podridos.

—¿Cómo os iba a esperar, si no me habías anunciado vuestra visita...?

Pardy desgranó una risita sumamente desagradable.

—Sigues teniendo sentido del humor, ¿eh, Brenda?

—Entre otras cosas —repuso la rubia, con gesto sensual, y llenó sus pulmones de aire, para aumentar su perímetro torácico.

¡Y vaya si aumentó!

Morgan y Pardy se olvidaron de las hermosas piernas de Brenda y se fijaron exclusivamente en sus rotundos senos, ahora casi totalmente visibles.

Brenda, sin cortar su descarada exhibición de prominencias pectorales, preguntó:

—¿Cómo habéis dado conmigo, muchachos?

—No ha sido fácil —respondió Morgan—. Dejas pocas pistas, cuando desapareces. Pero Pardy y yo siempre acabamos encontrando a la persona que buscamos.

—¿Y por qué me buscabais a mí?

—De sobra lo sabes, muñeca —contestó Pardy.

—Os lo ordenó Roy Edwards, ¿no?

—Así es —asintió Morgan—. Tienes una cuenta pendiente con él, Brenda.

—No es verdad. No le debo nada a Roy Edwards.

—Qué mala memoria tienes, Brenda —sonrió Pardy.

—Es cierto, os lo juro. Roy me guarda rencor porque le dejé, no por otra cosa. Nada le hice. Sencillamente, me cansé de estar a su lado y le abandoné.

—Pues vas a volver con él —afirmó Morgan.

—No, por favor —rogó Brenda—. No me obliguéis a volver con Roy Edwards.

—Lo siento, pero tenemos que hacerlo. Así nos lo ordenó el jefe.

—Podéis decirle que no me encontrasteis.

—¿Por qué íbamos a engañar al hombre que nos paga...?

—Por dinero. Os daré todo el que tengo.

—El jefe tiene mil veces más que tú, Brenda —recordó Pardy.

—Pero no tiene mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir...? —preguntó Morgan.

Brenda se soltó el cinturón y se abrió la bata de baño de par en par, mostrando su prodigiosa anatomía al completo. Bueno, casi al completo, porque la telita inferior del rojo bikini aún tapaba algo.

Los ojos de Morgan y Pardy adquirieron un brillo inconfundible.

—Además de entregaros todo mi dinero, haré el amor con vosotros —prometió Brenda—. Os haré disfrutar como locos, os lo prometo. A cambio, le diréis a Roy Edwards que no habéis podido dar conmigo. ¿Os interesa el trato...?

Morgan se humedeció los labios con la lengua, porque se le habían quedado secos. Le hubiera encantado aceptar la proposición de Brenda, pero como sabía lo peligroso que resultaba engañar a Roy Edwards, movió la cabeza en sentido negativo y respondió:

—No hay trato, hermosa.

Brenda miró al otro gorila.

—¿Pardy...?

Éste se pasó también la lengua por los labios, nerviosamente, y repuso:

—Estás de toma pan y moja, Brenda, pero opino como Morgan. No podemos traicionar al jefe. Si se enterara, nos cortaría el cuello a los dos.

La rubia fue hacia él, con la bata abierta.

—¡Eh!, ¿qué te propones? —exclamó Morgan, aunque no se movió de donde estaba.

Brenda no contestó.

Cuando estuvo delante de Pardy, alzó los brazos lentamente, se los pasó por el cuello, se pegó a él como una gata en celo, y lo besó en los labios con mucha experiencia.

El gorila no pudo resistir la tentación de abrazarla y devolverle el beso, pero, justo cuando lo hacía, la rodilla derecha de Brenda ascendió bruscamente y se incrustó entre sus muslos.

Pardy se cayó en redondo, emitiendo un terrible aullido, y se llevó las manos al bajo vientre. Estuvo a punto de arrastrar en su caída a Brenda, pero ésta consiguió mantener el equilibrio e intentó abrir la puerta, para salir de la habitación antes de que Morgan cayera sobre ella.

Por desgracia, el cuerpo de Pardy impedía que la puerta pudiera abrirse.

—¡Aparta, maldito! —gritó Brenda, empujándolo con el pie.

Morgan ya corría hacia ella.

Y, como Brenda no consiguió apartar a Pardy, que gimoteaba en el suelo, hecho un ovillo junto a la puerta, Morgan cayó sobre la rubia, la arrancó de la puerta, y le soltó una furiosa bofetada.

Brenda dio un grito y cayó al suelo.

Pero se levantó en seguida.

Quería alcanzar la terraza, porque acababa de recordar que también podía escapar por allí, saltando a la terraza contigua.

Desgraciadamente, Morgan no se lo permitió.

La alcanzó antes de que pudiera cruzar la puerta de la terraza y le propinó un revés.

Brenda gritó de nuevo y fue a caer sobre la cama.

Morgan la miró con los ojos centelleantes.

—Pensabas que podías escapar de nosotros, ¿eh, zorra? —barbotó.

Brenda, que sangraba ligeramente por la comisura de la boca, se irguió con rapidez y saltó sobre la mesilla de noche, en cuyo cajón guardaba una pequeña pistola.

Morgan no hizo nada por impedir que abriera el cajón.

Brenda metió la mano, para empuñar el arma, pero no la encontró.

—¡Oh, Dios, no! —gimió, porque ahora sí se veía absolutamente perdida.

Morgan soltó una carcajada burlona, se metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, y extrajo la pistola de Brenda.

—¿Es esto lo que buscas, encanto...?

Brenda lo miró con ojos llameantes.

—¡Bastardo!

Morgan se guardó el arma y dio un paso hacia la cama, para seguir golpeando a la rubia.

De repente, alguien irrumpió en la habitación, por la puerta de la terraza, y ordenó.

—¡Quieto, amigo!

Morgan se quedó mirándolo, perplejo.

—¿Quién diablos eres tú...? —exclamó.

—¡Tony García, agente de la CIA! —respondió el desconocido, y le estrelló el puño en la mandíbula.

CAPÍTULO II

El tal Tony García, que decía ser un agente de la CIA, rondaba el metro ochenta de estatura, tenía el pelo oscuro, y las facciones correctas.

Vestía un traje claro, fresco y ligero, y una bonita camisa de verano. Era de complexión fuerte y aparentaba unos treinta años. Y tenía una pegada muy dura.

Fue lo que Brenda Jackson pensó, al ver que el tipo derribaba espectacularmente al fornido Morgan de un solo puñetazo. Ella siguió sentada en la cama, con la bata de baño abierta, mirando con ojos asombrados al hombre que tan oportunamente hubiera surgido de la terraza, cosa que ni ella ni los matones de Roy Edwards esperaban.

El asombro de Brenda, se debía exclusivamente al hecho de que el llamado Tony García fuera agente de la CIA.

¡Nada menos!

El agente la miró un instante, la vio con los pechos al aire, emitió un ligero carraspeo, y sugirió:

—¿Por qué no se cierra la bata? Evitará que me distraiga mientras la libro de este par de indeseables.

Brenda se apresuró a ocultar sus magníficos senos.

Tony García sonrió y volvió a prestar atención al gorila que tan duramente abofeteara a la rubia.

Morgan se estaba incorporando ya, rabioso por el puñetazo recibido, pero a la vez preocupado por la identidad del hombre que le había golpeado.

Eso de que el tipo fuera un agente de la CIA...

¿Qué hacía un miembro de la CIA en el hotel Caribe de Acapulco?

¿Habría salido en defensa de Brenda Jackson por casualidad?

¿La estaría vigilando?

Eran preguntas sin respuesta, pero si conseguía reducir al agente de la CIA, ya se encargarían él y Pardy de obligarle a contestarlas.

Pardy se estaba recuperando del rodillazo en los genitales, que le había hecho saltar las lágrimas, y sólo pensaba en vengarse de Brenda.

Morgan atacó al miembro de la CIA, pero éste supo esquivar el golpe con habilidad y respondió con un zurdazo al rostro del matón, al que hizo trastabillar.

Un segundo después, el puño derecho de Tony García se hundía en el estómago del gorila. Morgan lanzó un bramido y se dobló exageradamente, con los ojos apretados.

El agente de la CIA disparó su rodilla y la estrelló en la arrugada cara del matón, enviándolo nuevamente al suelo.

Morgan dio un par de vueltas por él, agarrándose el rostro con ambas manos. Chillaba como una rata, porque la rodilla del miembro de la CIA había hecho estragos en su boca y en su nariz.

Pardy, impresionado por la forma de pelear del agente de la CIA, se dijo que lo mejor era empuñar su Luger y amenazarle con ella, así que se llevó la mano a la axila izquierda.

Brenda se dio cuenta y gritó:

—¡Cuidado con el otro tipo! ¡Echa mano de su pistola!

La advertencia no era necesaria, ya que Tony había descubierto también la acción de Pardy y ya corría hacia él como un meteoro.

Pardy consiguió empuñar su Luger, pero no pudo hacer uso de ella, porque recibió una patada en la mano y el arma voló por los aires, cayendo lejos.

El matón intentó ponerse en pie, pero recibió un golpe en el cuello, propinado con el canto de la mano, y creyó que lo decapitaban. No supo lo que pasó después, porque perdió el conocimiento en el acto y quedó tendido en el suelo.

Tony se volvió rápidamente hacia el otro gorila.

Morgan tenía el rostro ensangrentado y seguía rabiando de dolor, pero eso no le impidió dirigir su mano derecha a la funda axilar que ocultaba su chaqueta.

En ella descansaba una Magnum.

Brenda iba a advertir de nuevo al agente de la CIA, pero se frenó

al ver que Tony se lanzaba hacia Morgan, con la misma rapidez que segundos antes le permitiera adelantarse a la acción de Pardy.

Morgan extrajo su arma, al igual que Pardy, no tuvo tiempo de utilizarla, porque el pie de Tony se la arrancó literalmente de la mano en veloz y certera patada.

La Magnum del gorila cayó varios metros más allá.

Morgan, al verse desarmado, intentó atrapar las piernas del agente de la CIA, para hacerlo caer, pero éste saltó ágilmente y burló sus brazos.

Inmediatamente después, Tony le pisaba la nuca al matón.

La frente de Morgan percutió duramente contra el suelo.

Fue lo último que el gorila vio, porque se le cerraron los ojos y ya no se enteró de nada más.

Había perdido el sentido, como su compañero.

* * *

Brenda Jackson se hallaba realmente impresionada por la forma en que el agente de la CIA se había deshecho de Morgan y Pardy, dos tipos musculosos, duros, acostumbrados a repartir golpes.

Era digno de admiración.

Y así miraba ella al miembro de la CIA, con profunda y sincera admiración. No se había movido de la cama durante la pelea, y tampoco ahora se movió.

El agente se volvió hacia ella, sonrió ligeramente y se presentó:

—Soy Tony García.

—Agente de la CIA... —murmuró Brenda.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Pareció sorprenderse Tony.

—Se lo dijo usted a Morgan, cuando entró.

—¿De veras?

—Sí, lo oí claramente.

—Se me debió escapar.

—Yo me llamo Brenda.

—Es el nombre que mejor le va.

—¿Por qué?

—Porque está tremenda. Y eso rima con Brenda.

La rubia sonrió, halagada.

—Agradezco su galantería, Tony —dijo, poniéndose en pie.

El agente extrajo un pañuelo del bolsillo del pantalón y se acercó a ella.

—Permítame, Brenda —indicó, y le pasó el pañuelo por la comisura de la boca—. Ese salvaje la hizo sangrar.

—Sólo me dio un par de bofetadas, pero fueron muy duras. Y me hubiera dado más, de no haber aparecido usted tan oportunamente. Como por arte de magia, di ría yo.

El agente de la CIA sonrió y explicó:

—Ocupo la habitación de al lado. La 605. Me encontraba en la terraza y la oí gritar. Ni corto ni perezoso, salté de mi terraza a la suya y eché una mirada a su cuarto, descubriendo lo que aquí sucedía.

—Y no dudó en salir en mi defensa.

—Era mi obligación.

—Le estoy agradecida. Tony.

—Demuéstrelo.

—¿Con un beso...?

—No está mal, para empezar.

—Se lo daré con mucho gusto —aseguró Brenda, alzando las manos y pasándolas en los fuertes hombros del agente de la CIA, al que seguidamente besó como solo ella sabía hacerlo.

CAPÍTULO III

Tony García, que tampoco era un novato en aquellas lides, abrazó con fuerza a Brenda Jackson y le devolvió el beso con tanta sabiduría, que notó cómo la rubia se estremecía en sus brazos.

Cuando el ardiente y profundo beso concluyó. Brenda miró al agente de la CIA con ojos brillantes, y ponderó:

—Es usted un maestro besando, Tony.

—Y usted una licenciada, Brenda.

—Si tuviera tiempo, le besaría de nuevo.

—¿No lo tiene?

—No, debo abandonar esta habitación cuanto antes.

—¿Por qué tanta prisa?

—Si los tipos despiertan, me veré nuevamente en apuros.

—Tardarán en recobrase, se lo aseguro. Además, estando yo con usted, no corre ningún peligro. Si los tipos se ponen bruscos, les sacudo de nuevo y en paz.

Brenda sonrió.

—Con lo bueno que es usted peleando, no lo pongo en duda. Pero ésa no es la solución. Tony. Tengo que largarme. Cambiar de hotel. No puedo continuar en éste.

—¿Por qué no llama a la policía? —sugirió Tony.

—No, tampoco sería una solución. Me conviene desaparecer. Ocultarme en algún sitio y confiar en que Morgan y Pardy no den otra vez conmigo, porque si me atrapan de nuevo... Me estremezco, sólo de pensarlo.

—¿Qué tienen los tipos contra usted, Brenda?

—Ellos, personalmente, nada. Son simples enviados. Dos vulgares perros de caza. Y tienen muy buen olfato, por desgracia para mí. Pensé que no me encontrarían, pero no han tardado

demasiado en dar conmigo.

—¿Quién los envió en su busca?

—Alguien que no me quiere bien.

—Dígame su nombre.

—¿Para qué?

—Deseo ayudarla, Brenda.

—Usted no puede hacer nada, Tony.

—Soy un agente de la CIA, ¿recuerda?

—Por eso.

—No entiendo.

—Tony, usted no puede perder el tiempo solucionando los problemas de una chica como yo. No es un vulgar detective privado, sino todo un agente de la Central Intelligence Agency, que sin duda ha venido a Acapulco para llevar a cabo una importante y peligrosa misión. No puede distraerse tratando de...

El miembro de la CIA la interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Se equivoca, Brenda.

—¿En qué?

—No estoy de servicio. Me concedieron un par de semanas de permiso, tras mi última misión, y he venido a Acapulco a tomar el sol, a bañarme, y a descansar. No tengo que realizar ninguna misión. Puedo dedicarle todo mi tiempo, Brenda.

—¿Seguro?

—Sí —sonrió el agente—. Y lo haré con mucho gusto, créame.

—Aun así, no creo que deba usted...

Tony la asió por los hombros y se los apretó con suavidad.

—Quiero ayudarla, Brenda. ¿Es que no lo entiende...?

—¿Por qué?

—Porque tiene problemas.

—Mucha gente los tiene.

—En este momento, sólo me importan sus problemas, Brenda.

—Dígame por qué.

—Me cae usted bien.

—Creo que ya lo entiendo. Soy joven, guapa, y estoy muy bien de formas. Y usted, que ha venido a Acapulco a pasarlo lo mejor posible, se ha propuesto llevarme a la cama.

—Confieso que me encantaría, pero no le ofrezco mi ayuda por

eso, Brenda.

—¿Seguro?

—Le prometo no exigirle que me demuestre su gratitud acostándose conmigo. Me conformaré con unos besos, si usted no quiere que pasemos de ahí.

—Eso es lo que dice ahora, pero...

—Lo he prometido, ¿no?

—Sí.

—Yo siempre cumplo mis promesas, Brenda.

—Está bien, acepto su ayuda.

—No se arrepentirá.

—Eso espero.

Tony la besó, aunque no tan largamente como antes.

Después, preguntó:

—¿Cómo se llama el tipo que envió a los dos perros de presa y por qué lo hizo?

—Se lo explicará por el camino. ¿De acuerdo...?

—Está bien.

—Me visto en menos que canta un gallo.

—Le dará la espalda, para que no diga.

—No vale mirar por el rabillo del ojo, ¿eh?

—Descuide.

El agente de la CIA se había vuelto ya hacia la terraza.

Brenda preparó con rapidez una falda y una blusa, unas braguitas, y un par de zapatos. Cuando lo tuvo sobre la cama, se despojó de la bata de baño y de la pieza inferior del descarado bikini, quedando por un instante completamente desnuda.

Tony no giró la cabeza ni miró por el rabillo del ojo.

No hacía falta.

Veía el escultural cuerpo de Brenda reflejado en el cristal de la puerta de la terraza. Y lo veía tan claramente, que era como mirarla a través de un espejo.

—¿Puedo volverme ya? —preguntó, para despistar.

—Todavía no.

—Avise cuando esté vestida.

—Sí.

—¿Cómo siguen los perros de caza?

Brenda miró a Morgan y Pardy.

—Dormidos —respondió.

—No saben lo que se están perdiendo.

—Usted tampoco —sonrió Brenda, que ya se estaba colocando las braguitas.

Tony emitió una risita, sin apartar los ojos del cristal de la puerta de la terraza, que le servía de espejo retrovisor.

—Tengo una idea bastante aproximada —respondió.

—Lo dice porque me vio con la bata abierta de par en par cuando surgió de la terraza, ¿verdad? —adujo Brenda, como si pensara en voz alta.

—Efectivamente —mintió el agente de la CIA.

—Tuvo suerte. La sorpresa me dejó paralizada y no pude cerrarme la bata.

—Yo se lo pedí, ¿recuerda?

—Sí, es verdad. No quería distraerse durante la pelea.

—Exacto.

Brenda se había puesto ya la blusa, de color lila, muy liviana, y se la estaba terminando de abotonar. Después, se puso la falda, que le quedaba casi un palmo por encima de la rodilla, y se colocó los zapatos.

—¿Me vuelvo ya, Brenda? —preguntó Tony.

—Un momento.

—¿Sigue desnuda...?

—En parte —mintió Brenda, que ignoraba, lógica mente, que el agente de la CIA la estaba viendo por el cristal de la puerta de la terraza.

—Los gallos no están tanto tiempo cantando.

—¿Cómo?

—Dijo usted que se iba a vestir en menos que canta un gallo —recordó el agente.

Brenda rió.

—Es sólo un segundo. Tony —dijo, mientras se inclinaba sobre el inanimado Morgan y le metía la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Silenciosamente, extrajo la pequeña pistola que el gorila le arrebatara del cajón de la mesilla de noche y la guardó en su bolso.

Tony la vio, claro, pero no hizo ningún comentario.

No podía hacerlo, porque revelaría que estaba observando a la

rubia.

Brenda, erguida ya, indicó:

—Puede volverse. Tony.

El agente se giró y la miró.

—Un poco más, y me avisa después de ponerse el abrigo.

Brenda volvió a reír.

—Qué exagerado es usted. Tony.

—Porque no hace frío, que si no...

—Recojo mis cosas en un santiamén y nos largamos.

—¿La ayudo?

—Si es tan amable...

Brenda puso su maleta sobre la cama, la abrió, y empezó a meter cosas en ella, ayudada por el agente de la CIA. Lo guardaron todo en poco más de un minuto y la rubia cerró la maleta.

—Podemos irnos. Tony.

—Yo llevaré la maleta.

—Usted tendrá que llevar la suya. Tony.

—No se preocupe, podré con las dos. En marcha —dijo el miembro de la CIA, cogiendo la maleta con una mano y el brazo de Brenda con la otra.

Salieron de la habitación y entraron en la de al lado.

La 605, la que ocupaba el agente.

Tony recogió rápidamente sus cosas, las guardó en su maleta, y cargó también con ella.

—Vámonos, Brenda.

Abandonaron la habitación, se metieron en el ascensor, y se fueron hacia abajo.

Poco después, dejaban el hotel Caribe, sin que Morgan y Pardy se enteraran, porque seguían inconscientes.

CAPÍTULO IV

El Dodge oscuro se alejaba ya del hotel Caribe, conducido con mano segura por Tony García, el agente de la CIA.

—¿Se trajo el coche a Acapulco, Tony...? —preguntó Brenda Jackson, sentada a su lado.

—No, este Dodge no es mío. Lo alquilé cuando llegué, para no tener que depender de los taxis —explicó el agente.

—Hizo bien.

—¿Usted no tiene coche, Brenda?

—Lo tenía, pero me deshice de él pensando que así, a Morgan y Pardy les sería más difícil dar conmigo. Y no sirvió de nada, ya lo ha visto.

—¿Hablamos ya del tipo que los envió?

—Decidamos antes el lugar en donde vamos a instalarnos.

—De acuerdo.

—¿Qué le parece el motel Sheridan?

—No lo conozco.

—Está a unos veinte kilómetros de la ciudad. No es el hotel Caribe, desde luego, pero estaremos bien allí. Pienso que es un lugar bastante seguro. Aunque no del todo, claro. Cuando alguien lleva a Morgan y Pardy siguiéndole la pista, no existe lugar en el mundo absolutamente seguro.

—Teniéndome a su lado, cualquier lugar será seguro para usted, Brenda.

La rubia sonrió.

—Le estoy profundamente agradecida, Tony.

—Ya se verá —respondió el agente, echando una fugaz mirada a los tentadores muslos femeninos, que la breve falda dejaba casi totalmente al descubierto.

—¿En qué está pensando? —preguntó Brenda.

—En nada.

—Dijo usted que se conformaría con unos besos, Tony.

—Y así será, si usted no quiere darme nada más. Pero yo confío en que me dé más cosas.

—Espera ponerse las botas en el motel, ¿eh?

El agente tosió.

—Yo no lo llamaría así, Brenda.

La rubia rió y rogó:

—Acláreme una duda, Tony.

—Las que quiera.

—¿Por qué se apellida García?

—Porque así se apellidaba, también, mi padre.

—Elemental.

Tony soltó una risita.

—No le he aclarado nada con mi respuesta, ya lo sé. Pero se lo aclararé en seguida. Mi padre era español. Llegó con los suyos a Estados Unidos cuando solo contaba ocho años. Creció, se hizo hombre, se enamoró de una guapa italiana, cuya familia se había establecido también en Estados Unidos, y se casó con ella. Nueve meses después, nació yo.

—No perdieron el tiempo, ¿eh?

—Es que no tenían televisor.

Brenda rió el chiste del agente de la CIA.

—Así que padre español y madre italiana, ¿eh?

—Sí.

—Lo de ponerle Tony, fue idea de su madre. ¿A que sí...?

—Efectivamente.

—Tony García... ¿Sabe que empieza a sonarme mejor?

—¿De veras?

—Especialmente, si a continuación dice que es agente de la CIA.

—Bueno, es que eso no se lo puedo decir a todo el mundo, compéndalo.

—Suena fenomenal, porque «García» rima con «CIA».

—Como Brenda con tremenda.

—¡Exacto! —exclamó la rubia, riendo.

Tony rió también y pidió:

—Hábleme ya del hombre que envió a los perros de presa,

Brenda.

—Cuando lleguemos al motel.

—Dijo que me hablaría de él por el camino.

—Allí lo haremos con más calma.

—¿Seguro que en el motel no me pondrá otra excusa?

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la impresión de que no desea hablarme del tipo que envió a la pareja de gorilas.

Brenda se puso nerviosa, aunque trató de disimularlo.

—No diga tonterías, Tony.

—¿De verdad le parece una tontería?

—He aceptado su ayuda, ¿no?

—Sí, pero no me cuenta nada.

—Se lo contaré en el motel, se lo prometo.

—Está bien, no insistiré —rezongó el agente, y siguió manejando el volante del Dodge, sin sospechar que eran seguidos por un Buick negro.

* * *

El coche negro venía siguiendo al de Tony García desde que éste partiera del hotel Caribe, pero manteniendo una prudente distancia, para no ser detectado por el agente de la CIA o por Brenda Jackson.

Al volante, iba un individuo de talla y complexión similares a las de Morgan y Pardy. Se llamaba Bevison y estaba también a las órdenes de Roy Edwards.

Había llegado, junto con Morgan y Pardy, al hotel Caribe, pero él se había quedado en el coche, dejando a sus dos compañeros la tarea de atrapar a Brenda.

Una tarea que, en principio, no parecía difícil, porque Brenda era una mujer y, además, no estaba alertada, así que sería fácil sorprenderla.

De ahí la sorpresa de Bevison cuando vio salir a Brenda del hotel Caribe, pero no custodiada por Morgan y Pardy, sino acompañada de un tipo al que él no conocía.

Bevison los vio subir a los dos en un automóvil con el par de maletas, y adivinó que Brenda dejaba el hotel Caribe. Adivinó, también, que Morgan y Pardy había fracasado por culpa del hombre

que acompañaba a Brenda, y se preguntó si estarían muertos, heridos, o solamente inconscientes.

No tenía tiempo de averiguarlo, ya que su misión era seguir al Dodge, para saber adónde iba Brenda Jackson. Les había costado mucho localizarla y no podían perder nuevamente su pista, porque Roy Edwards no se lo perdonaría.

Y eso estaba haciendo Bevison, seguir a aquel coche, mientras se preguntaba quién diablos sería el tipo que acompañaba a Brenda y qué pintaba en el asunto.

Naturalmente, ni se le había pasado por la imaginación que pudiera tratarse de un agente de la Central Intelligence Agency.

¡Eso no se le hubiera ocurrido ni al propio Roy Edwards!

* * *

Tony García y Brenda Jackson había llegado ya al motel Sheridan.

Antes de descender del Dodge, el agente de la CIA preguntó:

—¿Pedimos un *bungalow* o dos?

Brenda sonrió de una manera especial.

—¿Qué sugiere usted, Tony?

—Para su seguridad, deberíamos presentarnos como el señor y la señora García, y tomar un solo *bungalow*. De esa manera, me tendrá en todo momento a su lado y podré protegerla mejor.

—¿Es la única razón...?

—No, pero sí la más importante.

—Me ha convencido, Tony —dijo Brenda, y le dio un cálido beso en los labios.

El agente le puso la mano en la rodilla.

—Tendremos que tutearnos, Brenda.

—Claro. Si vamos a presentarnos como marido y mujer...

La mano del miembro de la CIA ascendió algunos centímetros, acariciadora.

—No me disgustaría que fuera verdad —añadió—, ¿sabes?

—¿El qué?

—Lo del señor y la señora García.

—No sabes lo que dices.

—¿Tú crees?

—Apenas me conoces, Tony. No sabes quién soy, lo que soy, ni lo que he sido.

—Pero lo sabré muy pronto. Si no me pones una nueva excusa, claro.

—No te la pondré, puedes estar tranquilo. Te voy a contar toda mi vida. Sin omitir nada.

—Lo estoy deseando.

—Suéltame la pierna, pues, o no podré salir del coche.

—Perdona —rogó el agente, sonriendo—. No me había dado cuenta de que te estaba acariciando.

—Embustero.

—Venga, salgamos del coche.

Se apearon para acercarse a la oficina del motel con Las maletas, y pidieron un *bungalow*, después de presentarse como el señor y la señora García.

Les dieron el número 12.

Tony y Brenda se dirigieron a él.

Apenas entrar en el *bungalow*, Brenda se fijó en el búcaro que descansaba sobre la pequeña mesa. No tenía flores, pero eso era lo de menos, porque ella lo necesitaba para otra cosa.

¡Para estrellárselo en la cabeza al agente de la CIA!

¡Y lo hizo!

CAPÍTULO V

Tony García no pudo evitar que el búcaro tomara duro contacto con la parte posterior de su cráneo, pues no había visto cómo Brenda Jackson lo cogía, lo levantaba, y lo descargaba sobre su cabeza.

El búcaro se hizo añicos.

El agente de la CIA, cargado todavía con el par de maletas, dejó escapar un gemido y se desplomó, quedando tendido muy cerca de la cama, sin conocimiento.

Brenda se llevó la mano a la boca.

—Lo siento. Tony —musitó—. Lo siento de veras, pero tenía que hacerlo.

El miembro de la CIA continuó inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Brenda se arrodilló junto a él y buscó en los bolsillos de su chaqueta. Necesitaba las llaves del auto, para largarse con él. Y las encontró.

Antes de erguirse, depositó un tierno beso en los entreabiertos labios del agente.

—Perdóname, Tony —murmuró.

Después, cargó con su maleta y salió del *bungalow*, dirigiéndose rápidamente hacia el automóvil.

Cerca del motel Sheridan, se hallaba detenido el Buick negro.

Desde su interior. Bevison vio salir a Brenda Jackson llevando su maleta. Le sorprendió que lo hiciera sola, que subiera al coche, y que lo pusiera en marcha.

En matón puso también en funcionamiento el motor del suyo.

Tenía que seguir a Brenda.

Y atraparla, en cuanto se le presentase la oportunidad. Como ahora iba sola, no sería difícil.

El Dodge había salido ya a la carrera, pero no tomó la dirección de la ciudad, sino la opuesta.

Bevison adivinó que Brenda pensaba largarse de Acapulco, poner kilómetros de por medio. Cuantos más, mejor.

El Dodge, en efecto cobró una velocidad importante.

Bevison pisó también el acelerador.

Tenía que alcanzar a Brenda y obligarla a detenerse.

Aquella carretera, por su escaso tráfico, era un lugar apropiado para ella.

El coche perseguidor iba acortando la distancia.

Brenda lo vio venir, por el espejo retrovisor, pero no pensó que lo conducía uno de los hombres de Roy Edwards, así que le dejó paso, murmurando:

—Ése aún tiene más prisa que yo.

El Buick alcanzó al Dodge, colocándose a su altura.

Y fue entonces cuando Brenda vio que al volante iba Bevison, otro de los gorilas de Roy Edwards.

El tipo exhibió una siniestra sonrisa.

Brenda, que había palidecido, intentó dejar atrás al Buick, pero Bevison hizo una brusca maniobra y su coche embistió al otro.

Estuvo a punto de sacarlo de la carretera.

Brenda dio un grito y trató de recuperar el control de su vehículo.

Lo consiguió, porque era una buena conductora, pero el coche negro seguía a su altura y lo embistió de nuevo.

Brenda volvió a gritar, porque ya se veía fuera de la carretera, con el morro del Dodge empotrado contra alguno de los árboles que la jalonaban.

Milagrosamente, consiguió evitar que el coche se saliera de la carretera y se produjera el accidente.

Pero aquella situación no podía durar.

Bevison la embestiría con su automóvil una y otra vez, hasta lograr su propósito, y Brenda se vería perdida. La única manera de evitarlo, era empuñar su pequeña pistola y disparar sobre el gorila.

Brenda no lo dudó.

Abrió su bolso con un rápido movimiento, extrajo el arma, y apunto a Bevison por la abierta ventanilla.

El matón, al ver que Brenda empuñaba una pistola, realizó otra

brusca maniobra y su coche volvió a embestir al Dodge, justo en el momento en que la rubia accionaba el gatillo.

El choque de ambos vehículos hizo que Brenda fallara el disparo.

Y lo peor no fue eso, sino que perdió la pistola.

Encima, como en el momento del choque manejaba el volante con una sola mano, Brenda no pudo evitar que el Dodge abandonada la carretera y se metiera por entre los árboles.

La rubia chilló, aterrorizada, pero hizo todo lo que pudo por esquivar los árboles que iban surgiendo delante de su auto. Esquivó varios, pero había tantos que...

El Dodge chocó contra uno de ellos, aunque no con excesiva violencia, porque su velocidad era menor. De todos modos, el morro del coche quedó incrustado en el tronco y la muchacha se vio lanzada contra el cristal delantero, en donde su cabeza percutió, amén de propinarse un doloroso golpe en las costillas con el volante.

Brenda emitió un grito y quedó echada sobre el volante, aturdida por el golpe en la cabeza, aunque no llegó a perder totalmente el conocimiento.

Bevison había detenido el automóvil a un lado de la carretera, saltando al suelo, y ya corría hacia el lugar en donde el otro vehículo había chocado contra un árbol.

Brenda se llevó una mano a la frente y con la otra se oprimió las costillas. Se estaba recuperando, pero muy lentamente.

—Tengo que salir del coche... —murmuró.

Sus fuerzas eran escasas, todavía, pero consiguió abrir la portezuela y salir. Desgraciadamente, las piernas le fallaron en cuanto se puso en pie, y se derrumbó.

Cuando intentaba levantarse, llegó Bevison, por lo que Brenda desistió de ello. Estaba atrapada.

* * *

Bevison, por el momento, no dijo nada.

Se limitó a observar a Brenda, con una fría sonrisa en los labios. Sus ojos se posaron en las hermosas piernas de la rubia, totalmente exhibidas, a causa de la caída.

Brenda tampoco despegó los labios. Todavía se sentía un poco aturdida y el dolor en sus costillas persistía.

Por fin, Bevison se decidió a hablar:

—Hola. Brenda.

Ésta siguió callada.

—¿Qué pasó con Morgan y Pardy? —interrogó el matón—. ¿Quién era el tipo que salió contigo del hotel Caribe? ¿Por qué lo dejaste en el motel Sheridan?

Brenda continuó muda.

Bevison la agarró bruscamente del pelo y la hizo gritar de dolor.

—¡Contesta, zorra! —rugió—. ¿Están muertos Morgan y Pardy...?

—¡No!

—¿Qué les ocurrió?

—Quedaron en la habitación inconscientes.

—¿Les golpeó el tipo?

—¡Sí!

—¿Quién es?

—Se llama Tony García, y es agente de la CIA.

—¿De la CIA?

—Sí.

—¡Tu tía!

—Es verdad, Bevison. Se lo dijo a Morgan, antes de atizarle el primer puñetazo. Está de vacaciones en Acapulco.

—¿Y cómo se metió en...?

—Ocupaba la habitación de al lado, me oyó gritar, porque Morgan me estaba abofeteando, y acudió en mi ayuda. —¿Y le contaste que...?

—No, no le conté nada.

—¿Seguro?

—¡Te lo juro, Bevison!

—¿Y por qué salió contigo del hotel?

—Vio que tenía problemas y se empeñó en ayudarme. Yo rechacé su protección, pero él insistió tanto que no tuve más remedio que aceptar. Le dije que nos instalaríamos en el motel Sheridan, pero sólo era una treta para librarme de él. En cuanto entramos en el *bungalow*, le aticé en la cabeza con un búcató y lo dejé inconsciente.

Bevison la miró fijamente durante algunos segundos, sin soltarle el rubio cabello.

—¿De verdad que no le hablaste de Roy Edwards ni de sus negocios, Brenda?

—Ni media palabra. No me conviene, y tú lo sabes.

El gorila esbozó una sonrisa.

—Sí, eso es verdad. Si te fueras de la lengua, serías la primera en lamentarlo.

—No le dije nada, te lo repito.

—Y yo te creo. Anda, ponte en pie.

—Sí.

Brenda se incorporó, aunque con mucha dificultad.

Estaba exagerando, pera que Bevison la ayudara.

El matón, en efecto, la cogió del brazo.

—Vamos, arriba.

—Gracias.

—¿Puedes caminar?

—Lo intentaré.

—Te ayudaré a llegar hasta el coche.

Brenda dio un paso y fingió que se caía, para que Bevison la sostuviera.

—¡Oh!

—Cuidado —dijo el gorila, agarrándola con las dos manos.

Brenda aprovechó ese momento para disparar la rodilla e incrustársela a Bevison donde más duele.

El matón aulló como un coyote pillado en un cepo y se derrumbó, agarrándose lo que tenía de hombre.

Brenda echó a correr hacia la carretera.

¡Tenía que llegar hasta el Buick!

CAPÍTULO VI

Tony García no tardó en recuperarse del golpe que le propinara Brenda Jackson con el búcaro. Se llevó la mano a la región occipital y encontró un hermoso chichón, que le obligó a gemir cuando lo tocó con sus dedos.

El agente de la CIA se incorporó y comprobó que Brenda había desaparecido, con su maleta. Los pedazos del búcaro, esparcidos por el suelo, le revelaron con qué le había atizado la rubia.

Tony rezongó una maldición y salió del *bungalow*, descubriendo que el Dodge también había desaparecido.

—Se ha llevado mi coche —masculó, y corrió hacia la oficina del motel.

El encargado había visto salir el Dodge, y así se lo dijo al agente, cuando éste le preguntó.

—¿Qué dirección tomó? —siguió preguntando Tony.

El encargado se lo indicó.

—Necesito un coche, amigo —dijo el agente.

—¿Un coche...?

—Sí, urgentemente. ¿Cuál me puedo llevar? —preguntó Tony, mirando varios vehículos que se hallaban estacionados ante el motel.

—Pero... —vaciló el encargado.

—Lo devolveré en unos minutos, no se preocupe. Y sabré agradecerse.

—Está bien, coja el mío. Aquí tiene las llaves.

—¿Cuál es?

—El Ford gris.

—Gracias, amigo.

Tony corrió hacia el coche del encargado, se introdujo en él, lo

puso rápidamente en marcha, y abandonó el motel.

En cuanto salió a la carretera, pisó el acelerador a fondo para alcanzar a Brenda lo antes posible. La velocidad, sin embargo, no le impidió descubrir, algunos minutos después, una pequeña pistola tirada en la carretera.

Tony reconoció el arma de Brenda y frenó al instante el automóvil, del que salió con rapidez. Recogió la pistola y comprobó que había sido usada poco antes.

Una sola vez.

El agente de la CIA, desconcertado al principio, adivinó que Brenda se había visto de nuevo en apuros. Y más serios, por lo visto, que los anteriores.

Sin perder un solo segundo más. Tony se guardó el arma, se metió nuevamente en el Ford y hundió el pie en el acelerador, sin sospechar que estaba ya muy cerca de Brenda.

* * *

Bevison, pese al terrible dolor que sentía en sus órganos masculinos, se levantó y se lanzó en pos de Brenda Jackson, vomitando palabrotas y maldiciones.

—¡Detente, perra! ¡Te voy a hacer llorar lágrimas de sangre, cuando te atrape! ¡Y eso va a ser en seguida, zorra!

Brenda sintió que se le erizaba el vello, pero no dejó de correr.

Desgraciadamente, no podía hacerlo todo lo de prisa que ella hubiera deseado, porque no se hallaba totalmente recuperada del golpe que se diera contra el cristal delantero del Dodge.

Por si fuera poco, al correr se agudizaba el dolor que sentía en las costillas, lo que la hacía sufrir terriblemente. Pero lo resistía, consciente de lo que sería de ella si volvía a caer en manos del enfurecido Bevison.

Éste también tenía dificultades para correr, pero, aun así, lo hacía más rápido que la rubia.

Brenda giró un instante la cabeza y vio lo cerca que tenía ya al gorila.

—¡Dios mío! —gimió, temiendo ser alcanzada por él antes de llegar al Buick.

Brenda hizo un esfuerzo por alcanzar la carretera.

Estaba ya muy próxima.

El deseo de correr más de prisa hizo que tropezara en algo y perdiera el equilibrio, cayendo de bruces al suelo.

Bevison dio un grito de júbilo.

—¡Ya te tengo, perra!

Brenda también gritó, pero de terror, porque ya no podía alcanzar el coche y huir en él.

¡Bevison iba a caer sobre ella!

Justo en ese momento, aparecía el Ford del encargado del motel Sheridan, conducido temerariamente por Tony García.

El agente de la CIA vio el Buick negro parado en la carretera.

Vio también a Brenda, caída en el suelo, a pocos metros del vehículo, a punto de ser atrapada por Bevison.

Tony frenó el auto y saltó al suelo.

—¡Quieto, amigo! —ordenó.

—¡Tony! —exclamó Brenda, reflejando una alegría inmensa.

Bevison no había llegado a caer sobre ella. Se había quedado parado al ver al agente de la CIA, pero reaccionó en seguida y echó mano de la pistola automática que llevaba oculta bajo la chaqueta.

Era una impresionante *Parabellum*.

Tony extrajo a su vez la pistola de Brenda y se dejó caer al suelo, disparando desde allí sobre el matón.

Bevison había accionado ya su arma, pero la bala se perdió casi un metro por encima del agente de la CIA.

Los dos que envió Tony, se alojaron en el pecho del gorila, que se vino abajo, dando un grito estremecedor. Cayó a sólo un par de metros de Brenda, se agitó unos segundos, y después quedó rígido.

Tony se puso en pie y corrió hacia Brenda, a la que ayudó a incorporarse.

—¿Estás bien?

—¡Sí, Tony! —respondió Brenda, abrazándose a él.

—Lo has pasado mal, ¿verdad?

—Muy mal.

—Te está bien empleado, por haber huido de mí.

—¡Perdóname, Tony!

—No sé si podré. Tengo un chichón en la cabeza tan gordo como un huevo de pata. Y me lo causaste tú, Brenda.

—Estoy arrepentida. ¡Muy arrepentida!

—¿De veras?

—¡Te lo juro, Tony!

—Está bien, luego hablaremos de eso. Ahora tenemos que largarnos de aquí. Me he cargado al tipo.

—Se lo merecía. Además, él disparó primero —recordó Brenda.

—¿Dónde está el Dodge?

—¡Allí! Choqué contra un árbol con él.

—¿Podremos ponerlo en marcha?

—No lo sé.

—Vamos, hay que intentarlo.

Corrieron los dos hacia el Dodge.

Tony vio que Brenda se apretaba las costillas, con claro gesto de dolor, y preguntó:

—¿Te diste algún golpe?

—Dos: uno en la cabeza y otro en las costillas. Pero no te preocupes, no tiene importancia.

Alcanzaron el Dodge, el agente se introdujo en él, y trató de ponerlo en marcha. Lo consiguió e indicó:

—Sube, Brenda. Rápido.

La rubia se metió en el coche con prontitud.

Tony lo sacó de entre los árboles y lo llevó hasta la carretera.

—Hazte cargo tú del Dodge, Brenda —pidió—. Yo tengo que llevar el Ford. Me lo prestó el encargado del motel.

—De acuerdo.

El agente salió del Dodge y se introdujo velozmente en el otro.

Segundos después, ambos coches emprendían el regreso al motel Sheridan, dejando el Buick negro en la carretera. Y también el cadáver de Bevison, a sólo unos metros de ella.

CAPÍTULO VII

De nuevo en el *bungalow* número 12. Brenda Jack son solicitó:

—Deja que te vea el chichón. Tony.

—¿No me atizarás de nuevo, si te doy la espalda? —preguntó el agente de la CIA, con gesto de desconfianza.

—Te lo prometo.

—¿Que me atizarás o que no me atizarás?

—Lo segundo, hombre —sonrió Brenda.

—Está bien, me fiaré de ti —rezongó Tony, y se dio la vuelta.

Brenda le examinó la protuberancia craneal, rozándola con las yemas de sus dedos, lo que hizo que el agente emitiera un leve gemido.

—¿Te duele?

—¿Tú qué crees?

—Es un chichón grandecito, pero dista mucho de ser un huevo de pata, como tú dijiste.

Tony se volvió.

—Creo que tú también tienes uno en la cabeza.

—Es cierto. Me di contra el cristal delantero del auto, cuando choqué contra el árbol.

Tony se lo tocó.

—No es tan gordo como el mío.

—Pero también duele, ¿sabes? —repuso Brenda, ahogando un gemido.

—¿Y el dolor de las costillas...?

—Me di contra el volante.

—Déjame ver.

—¿Qué es lo que quieres verme?

—Las costillas.

—¿Las costillas... o los pechos?

—Los pechos ya te los vi en el hotel Caribe. Vamos, ábrete la blusa. El golpe puede ser serio.

—Está bien. Pero como trates de aprovecharte...

—¿Quién piensa en eso, ahora?

Brenda se desabotonó la blusa y la abrió, mostrando su pecho desnudo.

Tony descubrió inmediatamente el hematoma que se había formado justo debajo del seno derecho.

—Fue un golpe duro, Brenda.

—Sí, lo sé.

El agente de la CIA puso sus dedos sobre las costillas de la rubia y presionó ligeramente.

—¿Te duele mucho?

—Bastante. Especialmente, cuando corro o realizo algún movimiento brusco.

—Afortunadamente, no parece que tengas ninguna costilla rota. Es sólo una contusión fuerte y dolorosa. Si pudiera aplicarte un linimento, te aliviaría el dolor rápidamente.

—No te preocupes. Ya se me pasará.

—Espera, no te abroches la blusa todavía.

—¿Por qué? ¿Deseas seguir contemplando mi busto...?

—Ya te he dicho que no pienso en eso. Sólo quiero curarte. Y puede que encuentre algo en el armario del baño.

—Perdona.

—Echaré un vistazo.

—Vale.

Tony entró en el cuarto de baño y buscó en el pequeño armario que había sobre el lavabo. Allí, en efecto, había una especie de botiquín, del que tomó el frasco de linimento especial para golpes, contusiones, dolores musculares, y demás.

El agente salió del baño, sonriente.

—Encontré lo que buscaba, Brenda.

—Magnífico.

—Vamos allá.

Tony le aplicó el linimento, lo que le obligó a rozarle un par de veces el seno derecho.

—No ha sido intencionado, ¿eh? —dijo la primera vez.

—¿Seguro?

—Oye, si no me crees, llamo al encargado del motel y que te aplique el linimento él.

Brenda rió.

—No te enfades, hombre. Sólo ha sido una broma.

—¿Continúo, entonces?

—Te lo ruego.

Tony acabó de aplicarle el linimento y dijo:

—Puedes abrocharte, Brenda.

—Eres todo un caballero, Tony.

—Sin pitorreo, guapa.

Brenda volvió a reír, mientras se pasaba un par de botones.

—Me apetece darte un beso, ¿sabes? —confesó.

—Pues dámelo. Y luego, empieza a largar.

Brenda le pasó los brazos por el cuello, suavemente, y le besó.

Tony la enlazó por el talle y le devolvió el beso.

Después, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Por qué huiste de mí, Brenda?

La rubia se mordió los labios.

—Tenía que hacerlo. Tony.

—Explícate.

—Eres un agente de la CIA, y no podía hablarte del hombre que envió a Morgan y Pardy. Y a Bevison, que así se llama el tipo que liquidaste. Nos vio salir del hotel Caribe y nos siguió hasta aquí. Cuando me vio abandonar el motel, sola, me persiguió y logró sacar me de la carretera, embistiéndome con su Buick. Si no hubieras aparecido tú, me habría llevado con su jefe. Es un hombre muy peligroso. Tiene negocios al margen de la ley. Y yo he participado en ellos. ¿Comprendes ahora por qué me resistía a hablarte de él y de mis problemas...?

—Creo que sí.

—No me conviene contarte nada. Tony. Puedo ir a la cárcel. Y no sería eso lo peor, sino el que el jefe se enterase de que me he ido de la lengua. Sería mi muerte. Y yo no quiero morir, Tony. Me gusta la vida y deseo seguir en este mundo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro.

—No me hagas preguntas, pues. Quédate conmigo o lárgate, lo que prefieras, pero no me hagas preguntas. Tony.

—Puedes responderme sin ningún temor, Brenda.
—Tony, acabo de explicarte que...
—Tengo que confesarte algo, ¿sabes?
—¿El qué?
—Ni me llamo García, ni soy agente de la CIA.

* * *

Brenda Jackson tenía la boca abierta.
—¿Es eso cierto, Tony? —preguntó perpleja.
—Sí, me apellido Logan y no tengo nada que ver con la CIA —respondió el falso agente.
—¿Y por qué dijiste que...?
—Para darme importancia. Sé que ser agente de la CIA impresiona no poco a la gente. Quise asustar a los tipos que te estaban maltratando en tu propia habitación. Y, al propio tiempo, ganarme tu confianza y tu admiración.
—Pero, lo de García...
Tony emitió una risita.
—Lo digo siempre que finjo ser un agente de la CIA. Es una broma mía. Como García rima con CIA...
—Así que tu verdadero nombre es Tony Logan, ¿eh?
—Sí.
—Entonces, lo del padre español y la madre italiana...
—Pura invención.
—¡Maldito embustero!
—Tú también dices mentiras, Brenda.
—¡Pero no tantas! ¡Ni tan gordas!
Tony rió.
—Olvidemos nuestras respectivas mentiras, Brenda. En lo que hay que pensar, es en solucionar tus problemas. Puedes seguir contando con mi protección y con mi ayuda, aunque no sea un verdadero agente de la CIA. O precisamente por eso, porque no soy un agente auténtico.
—¿Qué eres, en realidad...?
—Un amigo, al que le caes fenomenal y está dispuesto a jugarse el pellejo por ti. De hecho, ya me lo he jugado un par de veces. En el hotel Caribe y en la carretera. Si no llego a encontrar tu pistola

tirada en el asfalto, no hubiera podido responder al fuego de Bevison y el tipo me habría dejado seco.

Brenda entornó los ojos.

—¿Cómo sabías que esa pistola era mía?

Tony sonrió.

—Tenía que serlo, porque Bevison llevaba la suya.

—No digas más mentiras, Tony. Me viste sacarla del bolsillo de la chaqueta de Morgan y guardarla en mi bolso.

—Bueno, yo...

—¡Confiésalo!

Tony suspiró.

—Es cierto. Brenda. Te vi recuperar el arma y ocultarla en tu bolso.

—Si viste eso, también verías todo lo demás...

—¿A qué te refieres?

—¡A mi cuerpo desnudo!

Tony carraspeó.

—Bueno, alguna cosita vi, es verdad. Pero no porque volviera la cabeza o mirara por el rabillo del ojo, ¿eh? Yo soy incapaz de eso. Sucedió que el cristal de la puerta de la terraza me ofrecía tu imagen con bastante nitidez y...

—¿Te gustó mi número de *strip-tease*?

—Todo lo tuyo me gusta, Brenda.

—Eres un sinvergüenza, Tony.

—Pero te caigo bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien —sonrió Brenda, y le besó de nuevo.

CAPÍTULO VIII

Roy Edwards contaba cuarenta y dos años de edad, tenía el pelo negro y las facciones enérgicas. Tiraba más a alto que a lo contrario, era ancho de hombros, y vestía un magnífico traje de verano.

Se encontraba en su despacho, pero no sentado en su sillón, al otro lado de la mesa, sino en el largo sofá de cuero negro, con las piernas cruzadas. Se había servido una bebida y entre sorbo y sorbo de licor, le daba una chupada al excelente habano que sostenía en su mano izquierda.

Roy Edwards parecía tranquilo, pero no era así, pues aguardaba con impaciencia el regreso de Morgan. Pardy y Bevison. Sabía que habían localizado por fin a Brenda Jackson en el hotel Caribe, y que se la iban a traer.

Era sólo cuestión de minutos, pero el tiempo parecía transcurrir muy despacio, corro siempre que uno desea que transcurra de prisa.

Y es que Roy Edwards ansiaba tener nuevamente ante sus ojos a la hermosa y sensual Brenda, para ajustarle las cuentas. La iba a tratar tan duramente, que Brenda lamentaría mil veces lo que había hecho, le pediría perdón con lágrimas en los ojos, y le suplicaría una y otra vez que dejase de castigarla.

Pero sería inútil.

Roy Edwards estaba decidido a ensañarse con ella, para que aprendiera y no volviera a desaparecer sin dejar rastro. Necesitaba una buena lección, y él se la iba a dar.

Roy se llevó el cigarro a la boca y le dio una nueva chupada.

Estaba expulsando el humo, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

Roy se alegró, creyendo que eran sus hombres que volvían con

Brenda, e indicó:

—¡Adelante, muchachos!

La puerta se abrió, pero solamente entraron Morgan y Pardy.

Roy Edwards, de momento, sólo reconoció a Pardy, porque el rostro de Morgan se hallaba muy desfigurado. Tenía un enorme chichón en la frente, que más parecía un cuerno chato; la nariz, hinchada y deforme, semejaba el corcho de una botella de champaña; los labios, partidos los dos, se habían agrandado y oscurecido, formando una boca animal que producía escalofríos.

Pardy no tenía señales de golpes en la cara, pero, en cambio, no podía poner recta la cabeza. Se le había hinchado el cuello, como consecuencia del hachazo que le soltara Tony Logan, y eso le impedía enderezar la testa, dando la impresión de que había nacido con la cabeza torcida.

Por si fuera poco, Pardy mantenía las piernas curvadas, dando la ridícula sensación de que había estado montando a caballo, que el equino se le había escapado, y que él todavía no se había enterado.

El encorvamiento de sus piernas se debía, naturalmente, al duro y certero rodillazo que Brenda Jackson le propinara en los genitales, causándole un dolor terrible. Y, como el dolor persistía, Pardy no podía caminar con las piernas rectas, ya que cada roce de sus muslos con sus machacados órganos masculinos le hacía ver todas las estrellas de la bóveda celeste.

Roy Edwards se había quedado de muestra, y resultaba milagroso que no hubiera perdido el habano ni la copa de licor. Cuando consiguió recuperar el habla, que fue casi dos minutos después, preguntó:

—¿Quién es ése, Pardy?

—Morgan —respondió el matón, sin mover la cabeza.

—¿Morgan...? —repitió Roy, respingando.

—¿Es que no me reconoce, jefe? —preguntó Morgan con extraña voz, porque apenas podía mover sus hinchados labios.

—¡No te reconocería ni tu madre, con esa cara! ¿Qué pasó, te la pisó un tractor...?

—Algo parecido.

Roy Edwards desvió la mirada hacia el otro matón.

—¿Y qué te pasó a ti, Pardy...? ¿Te cayó un baúl en la cabeza?

—Tengo el cuello hinchado, jefe, y no lo puedo mover.

—Te derribó el caballo, ¿eh?

—¿Qué caballo?

—El que montabas.

—Yo no he montado jamás en caballo, jefe.

—Pues nadie lo diría, viendo la forma de tus piernas. ¡Si parece que todavía lleves la silla de montar entre ellas!

—Por culpa de Brenda —masculló Pardy.

—¿Qué te hizo?

—Me atizó un rodillazo en las pelotas.

—Qué fino eres.

—Lo siento, es mi forma de hablar.

—¿Y con qué te atizó en el cuello, con el As de Bastos...?

—Eso no fue cosa de ella, sino del tipo.

—¿Qué tipo?

—El que le desfiguró la cara a Morgan.

Roy Edwards volvió a mirar al otro matón.

—Háblame del tractor, Morgan.

—Se llama Tony García.

—¿Tony García...?

—Sí. Y es agente de la CIA.

Esta vez sí perdió el puro Roy Edwards.

Y la copa, también, porque dio un respingo tremendo.

—¿Agente de la CIA, dices...?

—Así es.

—¿Y estaba con Brenda...?

—No, surgió de la terraza, cuando ya teníamos atrapada a Brenda.

—¡Contádmelo todo desde el principio! —ordenó Roy—. ¡Y sin omitir detalle!

* * *

Tony Logan tenía a Brenda Jackson entre sus brazos, pero no la apretaba demasiado, para no acentuar el dolor de sus costillas. Cuando terminaron de besarse, preguntó:

—¿Vas a confiar por fin en mí, Brenda?

—Sí, creo que sí —respondió ella, con una suave sonrisa.

—Háblame del tipo que envió a los matones, pues.

—Sentémonos en la cama, ¿quieres?

—Encantado.

—He dicho «sentémonos», no «acostémonos».

—Todo se andará.

Rieron los dos y se sentaron en la cama.

Tony pasó su brazo por los hombros de la rubia.

—Adelante, Brenda.

—El jefe de la organización se llama Roy Edwards. Una organización cuya principal fuente de ingresos procede del tráfico de estupefacientes.

—Drogas, ¿eh?

—Sí, las introducen en Estados Unidos en grandes cantidades. Y obtienen una fortuna por cada cargamento. Lo sé porque yo he intervenido en varias operaciones.

—¿Cómo te metiste en eso, Brenda?

—Por dinero. Roy Edwards tiene mucho, y yo esperaba sacarle el suficiente como para retirarme y no pasar apuros económicos durante el resto de mi vida. Una vida por la que yo he ido dando tumbos hasta ahora, puedes creerme. He hecho de todo, Tony. Menos de prostituta, claro, aunque esto no lo digo para que me consideres una buena chica. He tenido tratos con gentuza y he colaborado en bastantes asuntos sucios, unas veces por dinero y otras porque no he tenido más remedio, ya que me obligaban a ello con golpes y amenazas. Amenazas que, en algunos casos, eran de muerte.

—Continúa —rogó Tony.

—Estoy cansada de todo esto, ¿sabes? De tratar con indeseables, de correr peligros, de estar fuera de la ley. No me gusta la vida que llevo y estoy arrepentida de muchas cosas que he hecho o que me han forzado a hacer. Por eso dejé a Roy Edwards y desaparecí. Lo hice sin previo aviso, consciente de que él no me hubiera permitido abandonar la organización. Y, menos aún, abandonarle a él.

—Está loco por ti, ¿eh?

—Sí, creo que ninguna mujer le ha gustado tanto como yo. Pero no pienses que eso me librará del castigo, si caigo en sus manos. Conozco bien a Roy Edwards y sé que no me lo perdonará. Me maltratará, se ensañará conmigo, porque es un tipo ruin y vengativo. Me hará de todo, menos matarme. Querrá seguir

gozando de mi cuerpo. Y, sinceramente, creo que la muerte sería lo mejor.

Tony le acarició el rostro.

—No temas. Brenda. No dejaré que caigas en manos de Roy Edwards. Te defenderé de sus hombres, no permitiré que te atrapen. No volverás con esa gentuza.

—¿Crees que vale la pena, Tony?

—¿El qué?

—Que arriesgues tu vida por alguien como yo.

—Naturalmente que vale la pena.

—Acabo de confesarte lo que he sido hasta ahora.

—También me has dicho que estás arrepentida, que quieres cambiar de vida.

—Si me dejan.

—Yo te ayudaré a conseguirlo, Brenda.

—Eres muy bueno conmigo. Tony.

—Te lo mereces.

—No es verdad, pero me gusta oírtelo decir.

—Yo sé que no eres mala chica, Brenda.

—¿Cómo puedes afirmarlo, si apenas me conoces?

—Me basta con mirarte a los ojos.

—¿Qué ves en ellos?

—Muchas cosas buenas.

—¿Me estás mirando los ojos... o de cuello para abajo? — bromeó la rubia.

Tony rió, la abrazó, y la hizo caer de espaldas sobre la cama.

—¿Sabes que cada vez me gustas más, Brenda?

—Lo mismo digo. Tony —respondió ella, y le ofreció sus tentadores labios, que Logan se apresuró a besar.

CAPÍTULO IX

Roy Edwards había sido informado ya por Morgan y Pardy, de todo lo sucedido en la habitación 606 del hotel Caribe. Lo que más le enfureció, fue que Brenda Jackson tratara de embaucarles, ofreciéndoles y mostrándoles su prodigioso cuerpo.

—¡Maldita zorra! —rugió—. ¡Es también se lo haré pagar!

—Fue toda una tentación, jefe, pero no nos dejamos seducir por Brenda —dijo Morgan.

—¡Pardy se dejó besar por ella! ¡No fue capaz de rechazarla! —replicó Roy.

Pardy carraspeó.

—Me pilló de sorpresa, jefe.

—¡No, lo que te pilló, fue otra cosa! ¡Lo tienes entre las piernas! ¡Y te estuvo bien empleado, por imbécil! ¡Te los tenía que haber puesto por corbata!

—Poco faltó, jefe —rezongó el matón.

Roy Edwards se mesó el cabello con un brusco movimiento.

—Bien, eso ya no tiene remedio. Brenda intentó jugársela, pero, gracias a Morgan, que no se dejó tentar por sus encantos, no lo consiguió. La teníais atrapada.

El que lo echó todo a perder fue el agente de la CIA. Os zurró a los dos y salvó a Brenda. Y tengo la duda de si sería por casualidad... o porque el tipo estaba vigilando a Brenda.

—Lo mismo me pregunté yo, jefe —asintió Morgan—. Quizá quiera utilizar a Brenda para llegar hasta nosotros. Hasta usted, concretamente.

—Es posible. Aunque no creo que Brenda se atreva a contarle nada, porque no le conviene.

—Abandonaron el hotel juntos, pero como Bevison aguardaba

abajo, los habrá seguido con el Buick. Cuando nosotros salimos, ya no estaba. No creo que tarde en telefonar para informarle del nuevo paradero de Brenda.

Roy consultó su reloj.

—¿A qué hora, exactamente, os dejó fuera de combate el agente de la CIA?

Morgan y Pardy cambiaron una mirada.

—Bueno, poco más o menos, serían las... —Morgan vaciló.

—Las cuatro y media, aproximadamente —respondió Pardy.

—Sí, eso —asintió su compañero.

—Son casi las seis —rezongó Roy Edwards—. Ha pasado demasiado tiempo. Bevison tendría que haber llamado ya. A no ser que Brenda y el agente hayan salido de la ciudad.

—¿Salir de la ciudad? —repitió Pardy.

—Es lo único que justificaría el retraso de Bevison en telefonar para informarme. O eso., o que ha intentado atrapar a Brenda y al agente él solito, y ha fracasado.

Morgan y Pardy volvieron a mirarse.

—No creo que Bevison... —murmuró el primero—. No vamos a esperar su llamada.

Vamos a ir en su busca —decidió Roy—. Utilizaremos el helicóptero. Con un poco de suerte, localizaremos el Buick y sabremos dónde está Bevison.

* * *

El helicóptero de Roy Edwards, un moderno Cessna-Shyhook, llevaba ya más de media hora sobrevolando los alrededores de Acapulco y las distintas carreteras que daban acceso a la ciudad.

El aparato lo pilotaba Drake, otro de los hombres de Edwards, que iba a su lado. En la parte de atrás, viajaban Morgan y Pardy.

Los cuatro miraban hacia abajo, con la esperanza de descubrir el Buick negro. Roy Edwards tenía la corazonada de que Brenda Jackson y el agente de la CIA habían salido de la ciudad, pero que no se habían alejado demasiado. De ahí que estuvieran rastreando un área de hasta treinta kilómetros, aproximadamente, que empezaba en los límites de la ciudad.

Se fijaban, especialmente, en los hoteles y moteles, porque en

algunos de ellos tendrían que alojarse Brenda y el agente. En aquellos momentos, precisamente, estaban sobrevolando el motel Sheridan, pero como no vieron el Buick parado por allí, siguieron adelante.

Muy poco después, sin embargo, descubrían al automóvil detenido a un lado de la carretera.

Roy Edwards fue el primero en verlo.

—¡Allí está el Buick! —exclamó, señalándolo con el brazo.

—Está parado —dijo Drake, el piloto.

—¡Acércate, Drake! —indicó Roy.

El piloto llevó el helicóptero hacia allí, al tiempo que lo hacía perder altura. Al aproximarse, descubrieron también el cuerpo ensangrentado de Bevison, tirado sobre la tierra, a pocos metros del coche.

—¡Es Bevison! —exclamó Morgan.

—¡Está muerto! —Adivinó Pardy.

—Debió de cargárselo el agente de la CIA —comentó Drake.

Roy Edwards masculló una maldición y ordenó:

—¡Posa el aparato, Drake!

—¿En la carretera?

—No, busca un hueco próximo a ella.

—Allí veo uno, jefe.

—¡Rápido, Drake!

El piloto llevó el Cessna-Shyhook hacia el claro que se veía entre los árboles y lo posó allí. Saltaron los cuatro al suelo y corrieron hacia la carretera.

Pardy llegó el último, claro, porque se veía obligado a correr con las piernas separadas. Comprobaron que Bevison estaba muerto.

—Tiene dos balas en el pecho, jefe —observó Drake.

—Sí, ya lo veo —gruñó Roy, quien seguidamente observó el Buick, descubriendo las deformaciones que ofrecía su costado derecho—. Fijaos en el coche. Sus abolladuras me hacen sospechar que Bevison embistió con él al vehículo en el que viajaban Brenda y el agente, para sacarlo de la carretera y poder capturarlos.

Parece ser que lo primero lo consiguió, pero no lo segundo.

—Evidentemente —asintió Morgan.

—¿Recordáis el motel que dejamos atrás hace un momento?

—Si, jefe —respondió Pardy.

—Entre los coches que había estacionados en él, vi un Dodge oscuro con abolladuras en su costado izquierdo y el morro hundido.

—¡Es cierto, yo también lo vi! —exclamó Drake.

Roy Edwards sonrió levemente.

—Debe de ser el coche del agente de la CIA. Las abolladuras se las causó Bevison cuando lo embistió. Lo sacó de la carretera y el Dodge se estrelló contra un árbol. Por eso tiene el morro hundido.

—Están en ese motel, entonces —concluyó Morgan.

—Así es. Brenda y el agente se han alojado en uno de los *bungalows* del motel Sheridan. Y vamos a ir por ellos.

—Vengaremos a Bevison —dijo Pardy.

—¡Y nos cobraremos los golpes que nos dio! —añadió Morgan.

—Desde luego. Aunque lo más importante es averiguar si el agente salió en defensa de Brenda por casualidad o porque la tenía bajo vigilancia.

—Le haremos «cantar», jefe —aseguró Pardy.

—Sí, le arrancaremos la verdad —agregó Morgan.

—¡Vamos por ellos, jefe! —apremió Drake.

—Un momento, muchachos. Lo primero que debemos hacer, es ocultar el cadáver de Bevison. Cargad con él y escondedlo. Vamos a ir al motel Sheridan con el Buick. Cuando tengamos a Brenda y al agente, volveremos y recogeremos el helicóptero —explicó Roy Edwards.

* * *

Tony Logan y Brenda Jackson separaron sus bocas y se miraron a los ojos.

—¿Qué vamos a hacer, Tony?

—Si tú quieres, el amor.

—¿Y después...?

—¿A qué te refieres?

—¿Vamos a quedarnos en este motel?

—¿Por qué no?

—Temo que los hombres de Roy Edwards nos encuentren.

—¿No dijiste que te parecía un lugar seguro?

—Cuando dije eso, no sabía que Bevison nos venía siguiendo.

—Bevison está muerto, Brenda. No puede decirle a nadie dónde

nos alojamos.

—Pero su cadáver y su coche no están lejos de aquí. Y si los hombres de Edwards los encuentran...

—No es fácil. Les llevará su tiempo.

—De todos modos, creo que deberíamos cambiar de lugar. Me sentiría más tranquila.

—¿Seguro?

—Bueno, relativamente tranquila.

—Está bien, nos iremos por la mañana.

—¿Quieres que pasemos la noche aquí?

—Sí.

—De acuerdo. Pero nos largaremos temprano, ¿eh?

—En cuanto oigamos cantar al gallo.

—¿Y si no tienen gallo en el motel...?

—Cantaré yo por él —sonrió Tony, y volvió a unir su boca a la de ella.

Mientras se besaban, acarició los torneados muslos de Brenda, llegando hasta muy arriba. Después, empezó a desabotonarle la blusa, para acariciarle también el busto.

Desgraciadamente, sólo pudo soltar un par de botones, porque la puerta se abrió de golpe y Roy Edwards y sus hombres irrumpieron en el *bungalow*, pistola en mano.

CAPÍTULO X

Tony Logan y Brenda Jackson interrumpieron inmediatamente el beso e irguieron ambos el torso, quedando sentados en la cama, apuntados por las armas que esgrimían Roy Edwards y sus matones.

—Tony... —pronunció Brenda, con voz estrangulada.

—Han aparecido antes de lo previsto —rezongó Logan, fijándose especialmente en Roy Edwards, que despedía fuego por sus ojos.

Y lo despedía porque le había sentado como un puñetazo en el hígado el sorprender a Tony y Brenda echa dos en la cama, besándose, acariciándose, preparándose para hacer el amor.

—¡Perra asquerosa! —rugió.

Brenda empezó a temblar, pero no dijo nada.

Tony tampoco habló.

Estaba pensando en la pistola de Brenda, que seguía en el bolsillo derecho de su chaqueta, pero se decía que no debía empuñarla, por el momento.

Sería un suicidio, en aquellas circunstancias.

Drake sonrió irónicamente y comentó:

—Parece que hemos sido inoportunos, jefe. El señor y la señora García se disponían a hacer el amor.

—¡Cállate, estúpido! —Ladró Roy, con ganas de soltarle un revés.

Drake tosió.

—Lo siento, jefe. Ha sido una broma.

—¡Pues no me ha hecho gracia!

Drake guardó silencio.

Lo del señor y la señora García lo había dicho porque, cuando preguntaron en la oficina del motel por Tony García, el encargado les indicó que el señor y la señora García ocupaban el *bungalow*

número 12.

A la oficina sólo se acercaron Roy Edwards y él, quedando Morgan y Pardy algo distanciados, el primero por tener la cara desfigurada a golpes y el segundo por no poder enderezar la cabeza y caminar con las piernas encorvadas. Los dos hubieran despertado las sospechas del encargado del motel.

Drake exhibía una Luger, como Pardy.

El arma de Roy Edwards, era una Smith & Wesson.

Roy clavó sus enfurecidos ojos en Tony.

—Así que tú eres Tony García, ¿eh? —masculló.

—En efecto —respondió Tony con voz serena, como si le estuviesen amenazando con cuatro tirachinas, en vez de cuatro pistolas automáticas dignas del mayor de los respetos.

—El agente de la CIA.

—Exacto.

Brenda apretó disimuladamente la rodilla de Tony. Trataba de decirle que no debía mentir, que no le convenía hacerse pasar por un miembro de la CIA, pero Tony no captó el mensaje.

¿O no quiso captarlo...?

Brenda pensó que lo segundo, después de fijarse en la expresión de Tony, casi burlona.

—¿Qué hace un agente de la CIA en Acapulco? —interrogó Roy Edwards.

—Descansar.

—Conque descansar, ¿eh?

—Sí, estoy de vacaciones.

—¡Mientes!

—¿No me crees...?

Brenda intervino:

—Dice la verdad. Roy. Se alojaba en el hotel Caribe, en la habitación 605, la contigua a la mía.

—Qué casualidad.

—Es cierto —corroboró Tony—. Oí gritar a Brenda y salté de mi terraza a la suya. Cuando vi que Morgan la estaba maltratando, intervine en su defensa. Era mi deber.

—¿También era tu deber largarte con ella...?

—Pensé que podía necesitar protección.

—Ya.

—Sigue sin creerme, ¿eh?

Roy Edwards, en vez de responder, miró a Brenda Jackson y preguntó:

—¿Le has contado algo, Brenda?

—Nada —mintió la rubia.

—¿Seguro?

—¡Sí, Roy, puedes creerme!

—Te creo; pero a él, no. Sé que no está en Acapulco de vacaciones y que no ocupaba la habitación contigua a la tuya, en el hotel Caribe, por casualidad.

—Oiga, yo le aseguro que... —empezó a decir Tony.

—Estabas vigilando a Brenda —le interrumpió Roy.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Es lo que quiero que me digas.

—No tengo nada que añadir.

—Mis hombres te arrancarán la verdad. Están deseando ponerse a «trabajar» contigo, ¿sabes? —sonrió Roy—. Morgan y Pardy quieren cobrarse los golpes que les diste. Y vengar la muerte de Bevison. Drake les ayudará. Y mis oídos se deleitarán con tus alaridos de dolor.

Brenda se estremeció profundamente.

—A Bevison lo maté yo —mintió.

—¿Tú...? —exclamó Roy Edwards.

—Sí, yo disparé sobre él ¡Tony no lleva armas!

—¿Pretendes hacerme creer que un agente de la CIA va desarmado?

—Está de vacaciones, ¡ya te lo he dicho!

—Aunque eso fuera cierto, que no lo es, llevaría pistola. Y estoy seguro de que la lleva, sólo que no se atreve a empuñarla, porque somos cuatro y le estamos apuntando con nuestras armas.

—Se equivoca —advirtió Tony—. Cuando me voy de vacaciones, dejo la artillería en casa.

—¡Y un cuerno! ¡Regístrale, Drake! —ordenó Roy.

—Sí, jefe.

Drake se acercó a Tony, con precaución.

—Echate en la cama. Boca abajo —indicó.

—No es necesario —respondió Tony, abriéndose la chaqueta—.

A la vista está que no llevo armas.

—¡Obedece, maldita sea! —Ladró Drake, y le soltó un revés.

Tony cayó de espaldas en la cama.

—¡He dicho boca abajo! —ordenó Drake.

—Está bien —barbotó Tony, e hizo girar su cuerpo.

Drake le propinó un golpe en los riñones, con el puño izquierdo.

Tony emitió un grito de dolor e hizo ademán de enderezarse, pero la rodilla de Drake se clavó en su espinazo.

—¡No te muevas, bastardo! —rugió el matón, colocándole el cañón de su Luger en la nuca.

—¡Eres un cobarde, Drake! —gritó Brenda.

El gorila le dio una bofetada y la tiró de la cama.

—¡Tú a callar, zorra!

—¡Bien hecho, Drake! —aprobó Roy Edwards.

Tony hubiera querido darle su merecido al matón, pero la situación seguía siendo muy desfavorable para él. Más, incluso, que antes de que Roy Edwards ordenara a Drake que le registrara, así que tuvo que resignarse.

El gorila le cacheó y encontró la pequeña pistola de Brenda.

—Es lo único que lleva, jefe —manifestó, extrañado.

—Tu pistola, ¿eh, Brenda? —rezongó Roy—. Con ella liquidó a Bevison.

—Te repito que lo maté yo. Roy ¡No debes culpar a Tony de la muerte de Bevison!

—Estás mintiendo para protegerlo. Y me sorprende, ¿sabes? Es muy raro que tú protejas a un agente de la CIA.

—¡No es un agente de la CIA!

—¿Qué...?

—¡Cállate, Brenda! —ordenó Tony.

—¡Silencio! —Ladró Drake, aplastándole la cara contra la cama con su mano izquierda.

—Es por tu bien. Tony —dijo Brenda.

Roy Edwards se acercó a ella y la agarró de la rubia cabellera.

—Repite lo que has dicho.

—Tony no es un agente de la CIA. Lo dijo para darse importancia. ¡Y para asustar a Morgan y Pardy!

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo confesó cuando nos instalemos en el motel.

Roy Edwards y sus hombres quedaron momentáneamente desconcertados.

—Yo creo que Brenda miente, jefe —opinó Morgan—. El tipo es muy bueno peleando. Tiene que ser un agente de la CIA.

—¡No lo es, os lo repito! —insistió Brenda.

—Si tú no mientes, él sí te mintió a ti —habló Pardy—. Es un agente de la CIA.

—¡No va armado, ya lo habéis visto!

—Eso es lo que más me sorprende... —murmuró Roy Edwards—. No es normal que un agente de la CIA no lleve armas. Especialmente, si el tipo ha venido a Acapulco a realizar una misión, como yo pensaba.

—No ha venido a eso. Roy. ¡No es un agente de la CIA y no sabe nada de nada!

—¿Y por qué es tan bueno peleando?

—Eso no quiere decir nada.

—Si no es un agente de la CIA, ¿qué es ese tipo?

—No lo sé. No me lo dijo.

—Nosotros lo averiguaremos. Pero no aquí. Ya hemos perdido demasiado tiempo en este *bungalow*. Asegúrate de que el tipo no nos cause problemas por el camino, Drake —indicó Roy.

—Sí, jefe —respondió el matón, y descargó su arma sobre la cabeza de Tony, propinándole un duro golpe.

Tony emitió un quejido y perdió el conocimiento. Roy Edwards tiró del cabello de Brenda.

—¡En pie, zorra! ¡Nos largamos!

Brenda se irguió, dando un grito.

—Ocupate tú de ella, Drake —rodeno Roy—. Morgan y Pardy cargarán con el tipo.

Los gorilas cumplieron las órdenes de su jefe. Después, abandonaron todos el *bungalow*.

CAPÍTULO XI

Estaba empezando ya a oscurecer.

Morgan y Pardy metieron a Tony Logan en la parte trasera del Buick y lo dejaron tirado en el piso del vehículo. El primero le puso un pie en la nuca y el otro en la espalda, y el segundo le colocó el izquierdo en los riñones y el derecho en el trasero.

De esta manera, si Tony despertaba por el camino, no podría moverse.

Drake se sentó al volante y Roy Edwards obligó a Brenda Jackson a ocupar el asiento delantero, entrando seguidamente él, de modo que la rubia quedó aprisionada entre los dos hombres.

—Vámonos, Drake —indicó Roy.

El matón puso el motor en marcha y el coche arrancó, abandonando el motel Sheridan. Alcanzó la carretera y tomó la dirección opuesta a la ciudad, lo cual extrañó a Brenda.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A casa —respondió Roy.

—No es por aquí.

—Dejamos el helicóptero cerca de donde encontramos el Buick y el cadáver de Bevison —explicó Roy.

—Entiendo.

—¿De veras liquidaste tú a Bevison, Brenda?

—Sí.

—Me sorprende que lo confieses, porque te expones a un castigo mucho mayor, y tú lo sabes. Puedes pagarlo, incluso, con la vida.

Brenda tuvo un perceptible estremecimiento.

—Lo sé, Roy. Pero no es justo que lo pague Tony. El no ha hecho nada, excepto defenderme de Morgan y Pardy en el hotel Caribe. Es un buen tipo. Te ruego que le dejes en libertad.

—Ni hablar.

—Haz conmigo lo que quieras, Roy, pero deja libre a Tony — insistió Brenda.

Edwards esbozó una sonrisa.

—Le has tomado afecto, ¿eh?

—Sí.

—Cuando irrumpimos en el *bungalow*, os disponíais a hacer el amor, ¿verdad?

—Nada habíamos hablado al respecto.

Edwards la agarró del cuello con brusquedad y apretó como si quisiera estrangularla.

—¡Estabais los dos echados en la cama, os estabais besando, y el tipo estaba desabrochando la blusa! —recordó, con ojos chispeantes de furia.

Brenda le agarró el brazo con ambas manos.

—¡Suéltame, Roy!

—¡Confiesa, zorra!

—Me haces daño...

—¡Confiesa o te estrangulo!

—Sí, íbamos a hacer el amor. Los dos lo deseábamos.

—¡Perra! —Escupió Roy Edwards, pero le soltó el cuello, tan bruscamente como cuando se lo aprisionara.

Brenda se frotó la garganta, en cuya piel habían quedado las huellas de los fuertes dedos del jefe de la organización.

—Eres un salvaje. Roy —murmuró.

—¡Y tú una gata caliente! —replicó Edwards, metiéndole la mano entre los muslos.

Brenda los apretó, pero ya era tarde.

La mano de Roy había alcanzado su objetivo.

Brenda dio un grito y luchó por arrancar la mano masculina de su intimidad.

—¡Eres un cerdo, Roy!

—¡Y tú una ramera!

—¡Retira tu mano o...!

—¿O qué, furcia?

—¡Toma, puerco! —gritó Brenda, y le estrelló la mano en la cara.

La bofetada sonó como un latigazo.

—¡Qué sopapo, madre! —exclamó Morgan.

—Seguro que le ha dejado bailando la muela del juicio —dijo Pardy.

—Cóbrese la gállete, jefe —recomendó Drake.

Roy Edwards sujetó fuertemente a Brenda.

—¡Te voy a...!

Brenda se puso a chillar.

Por suerte para ella, justo en ese momento llegaban al lugar donde, a poca distancia de la carretera, se hallaba posado el helicóptero.

Drake detuvo el Buick.

Roy Edwards mordió con los ojos a Brenda.

—Ya te ajustaré las cuentas cuando lleguemos a casa, ¡puta!

Brenda guardó silencio.

Le convenía y salió del coche.

—¡Afuera, perra! —ordenó.

—¡Ya has oído al jefe, rubia! —Ladró Drake, empujándola con violencia.

Brenda se vio arrancada del asiento y lanzada al exterior, lo que la hizo caer al suelo, quedando con la falda levantada.

Roy miró el trasero, escasamente cubierto por las sucintas braguitas, y no dudó en atizarle un puntapié.

—¡En pie, vamos!

Brenda dio un grito, lo maldijo con el pensamiento, y se irguió, con alguna dificultad.

Morgan y Pardy estaban sacando ya del coche a Tony Logan, que parecía no haberse enterado de nada, ya que seguía con los ojos cerrados y no se había movido durante el trayecto.

Pero no era así.

Se había enterado de casi todo, porque recobró el conocimiento al poco de haber abandonado el motel Sheridan, aunque fingió continuar inconsciente, en espera de una oportunidad favorable para intentar sorprender a Roy Edwards y sus hombres.

En el coche, tumbado sobre el piso, con los pies de Morgan y Pardy presionando su cuerpo, era imposible intentar nada. De ahí que simulara seguir sin conocimiento, aunque hubo un momento en que estuvo a punto de atacar a Morgan y Pardy.

Fue cuando Roy Edwards empezó a maltratar a Brenda.

A Tony le quemaba la sangre en las venas, pero hizo un esfuerzo y logró contenerse, consciente de que sería mejor para él y para Brenda esperar una oportunidad más favorable.

Y la iba a tener ahora, fuera del automóvil.

Roy Edwards miró a Morgan y Pardy.

—Llebad al tipo al helicóptero —ordenó.

—Bien, jefe —respondió Morgan, que sostenía a Tony por las axilas mientras Pardy lo cogía de las piernas.

—Drake, lleva tú a Brenda —siguió indicando Roy.

—Sí, jefe —respondió el matón, y agarró del brazo a la rubia, sin la menor delicadeza—. ¡Vamos, camina! —ordenó, tirando bruscamente de ella.

Brenda echó a andar, bien sujeta por Drake.

Morgan y Pardy dejaron también la carretera, cargados con Tony Logan.

Roy Edwards cerraba la marcha.

De repente, las piernas de Tony escaparon de las manos de Pardy, engatillaron las extremidades inferiores de éste, y el matón se precipitó de bruces contra el suelo.

Tony lo había hecho tan bien, que dio la impresión de que Pardy tropezaba por su cuenta y se propinaba el morrón sin que nadie más que él tuviera la culpa.

—¡Pedazo de inútil! —barbotó Roy Edwards.

Morgan sentía deseos de reír, pero como tenía los labios partidos, se reprimió para evitar el dolor. Iba a decirle a su compañero que se levantara, cuando se vio agarrado y volteado de forma espectacular.

Cayó de espaldas sobre la tierra y no pudo evitar un grito de dolor.

Roy Edwards se dio cuenta de que Tony Logan había despertado y se llevó rápidamente la mano a la axila, para extraer su Smith & Wesson.

—¡Cuidado, Drake! —gritó.

Tony ya se había puesto en pie de un salto.

Drake soltó a Brenda y se llevó también la mano a la funda axilar, para empuñar su Luger.

—¡Maldito! —barbotó.

Brenda decidió ayudar a Tony.

Para empezar, le atizó un tremendo puntapié a la espinilla a Drake.

—¡Toma, esto por la bofetada que me diste en el motel!

Drake lanzó un aullido y se agarró la pierna, olvidándose momentáneamente de la Luger.

Brenda le pateó la otra espinilla.

—¡Esto por tirarme del coche como si fuera un paquete!

El matón aulló de nuevo y cayó de rodillas, con los ojos apretados.

—¡Y esto de propina! —añadió Brenda, proyectando su rodilla hacia la cara del tipo.

El golpe, tan duro como doloroso, tiró a Drake de espaldas.

Entre tanto, Roy Edwards se vio atrapado por Tony Logan, quien había caído sobre él dando un salto felino, impidiéndole hacer uso de su

Smith & Wesson.

Tony golpeó el estómago de Roy con el puño derecho, y cuando el jefe de la organización se encogió, emitiendo un rugido de dolor, volvió a golpearle, esta vez en el cuello y con el filo de la mano.

Roy soltó su arma y se desplomó.

La

Smith & Wesson

quedó en manos de Tony Logan, quien se volvió rápidamente hacia los hombres de Roy Edwards. Vio que Brenda se estaba ocupando eficazmente de Drake, pero quedaban Morgan y Pardy.

Este último, precisamente, estaba echando mano de su Luger, pero recibió un patadón en la quijada, propinado por Tony, y se le fueron las ganas de empuñar nada.

Morgan quiso sacar su Magnum, pero corrió la misma suerte que su compañero. Patadón al rostro y adiós ganas de esgrimir su automática.

Tony asió de la mano a Brenda.

—¡Al helicóptero, rápido! —apremió, tirando de ella.

CAPÍTULO XII

Echaron los dos a correr.

A Brenda le seguían doliendo las costillas, pero apretó los dientes y no se quejó. Tony, por su parte, acusaba también los efectos del golpe que Drake le propinara en la región renal, en el *bungalow* del motel Sheridan, pero el dolor no le había impedido atacar con furia y efectividad a Roy Edwards y sus matones, ni correr ahora como un gamo.

Era mucho lo que estaba en juego, y ninguno de los dos debía flaquear. Tenían que alcanzar el helicóptero y escapar en él.

¿Escapar en el helicóptero...?

¿Acaso Tony sabía manejarlo?

Era lo que se estaba preguntando Brenda, mientras corrían por entre los árboles. Y decidió preguntárselo a él:

—¿Sabes pilotar un helicóptero, Tony?

—Espero que sí —respondió Logan.

Brenda sintió un escalofrío.

—¿No estás seguro...?

—¡No creo que sea tan difícil! Confía en mí, Brenda.

—¿Por qué no elegiste el Buick?

—¡No hubiera visto satisfecho mi deseo de siempre!

—¿Qué deseo es ése?

—Subir algún día en helicóptero. ¡Y pilotarlo personalmente!

Brenda volvió a sentir un ramalazo de frío.

—¿No has subido nunca en helicóptero, Tony?

—¡Jamás!

—¡Ay, Dios! ¡Menuda torta nos vamos a pegar!

Tony rió.

—¡Mira, ahí está el helicóptero!

—¡Yo no subo! —dijo Brenda, aterrorizada.

—¿Prefieres caer nuevamente en manos de Roy Edwards y sus gorilas?

—¡No!

—¡Arriba, entonces!

—Que el cielo nos proteja.

Tony abrió la portezuela del helicóptero y Brenda subió al aparato, toda temblorosa. Justo en ese momento, aparecía Drake, esgrimiendo su Luger.

Brenda lo descubrió y chilló:

—¡Cuidado, Tony!

Logan, que seguía empuñando la
Smith & Wesson

de Roy Edwards, se revolvió como el rayo y accionó el gatillo, anticipándose a Drake.

El matón recibió dos impactos y se derrumbó, entre alaridos de muerte.

Tony no perdió un solo segundo. Rodeó el helicóptero con rapidez y trepó a él por el otro lado.

—Veamos si sé ponerlo en marcha —dijo, observando los mandos.

—¿Y si no puedes...? —preguntó Brenda.

—Te apeas tú y empujas.

—No es momento para bromas. Tony.

Logan rió.

—¡Agárrate, Brenda, que vamos a despegar! —advirtió, poniendo las hélices en movimiento.

—¿Adónde quieres que me agarre...?

—¡A donde puedas, nena!

—¡Lo he pensado mejor y me bajo!

—Tendrás que dar un salto muy grande, porque esto ya se va para arriba.

—¡No, Tony, no...! —chilló Brenda, porque era cierto que el helicóptero se estaba elevando.

* * *

Roy Edwards, Morgan y Pardy se estaban incorporando entre

gemidos, palabrotas y maldiciones.

—¡Brenda y el tipo se han largado! —rugió Roy.

—Pero no con el Buick, jefe —dijo Morgan—. ¡Corrieron hacia el helicóptero!

—¡Drake fue tras ellos! —habló Pardy.

—¡Vamos nosotros también! —indicó Roy Edwards—. ¡Tenemos que atraparlos!

Echaron a correr los tres.

A los pocos segundos, oyeron disparos.

Después, el ruido de un motor potente.

—¡Es el helicóptero! —exclamó Roy.

—Drake no ha podido evitar que Brenda y el tipo llegaran hasta él —adivinó Morgan.

—¡Huyen! —gritó Pardy.

Como no habían dejado de correr, encontraron el cuerpo sin vida de Drake. Y desde allí vieron cómo el helicóptero despegaba y ganaba altura.

Roy no dudó en empuñar la Luger de Drake y empezó a disparar contra el helicóptero.

—¡Disparad, inútiles! —bramó.

Morgan y Pardy se apresuraron a imitarle, pero ninguno de los tres consiguió alcanzar al aparato volador con sus balas, porque estaba ya muy lejos.

Segundos después, el helicóptero desaparecía y Roy Edwards se ponía a blasfemar y maldecir como un bucanero, presa de un terrible ataque de ira.

Y no era para menos, desde luego.

* * *

En la cabina del helicóptero. Tony Logan lanzaba exclamaciones de júbilo.

—¡Los hemos dejado con un palmo de narices! —exclamó, tras los inútiles disparos de Roy Edwards, Morgan y Pardy.

Brenda Jackson no dijo nada, aunque llevaba algunos segundos moviendo los labios. Estaba rezando como la más devota de las creyentes, aunque no sabía si eso evitaría que se estrellasen contra el suelo dentro de poco.

Tony la miró.

—¿Te has quedado muda, Brenda...?

—No.

—¿Qué te pasa, pues? Te veo mover los labios, pero no te oigo decir nada. ¿Son temblores...?

—¡Son cuernos!

Tony dejó oír de nuevo su risa.

—Estás rezando, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para ver si Dios evita que nos estrellemos.

—¿Es que no ves lo bien que manejo el helicóptero? ¡Puedo hacerlo bailar el vals, si quiero!

—¡Ja!

—¿Quieres verlo...?

—Ni se te ocurra —prohibió Brenda, agarrándolo del brazo.

Tony rió de nuevo.

—Te engañé, nena.

—¿Qué?

—He pilotado muchos helicópteros.

—¿En serio?

—¿Es que no se nota? Un novato no podría dominar el aparato como yo lo domino. Ni siquiera lo hubiera hecho despegar. Esto no es como conducir un coche, Brenda.

—¿Y por qué me dijiste que...?

—Fue una pequeña broma.

—¿Pequeña...? ¡He estado a punto de orinarme del susto, para que lo sepas! —confesó Brenda.

La risa de Tony Logan resonó nuevamente en la cabina.

—Perdóneme, nena. Sólo quería saber hasta qué punto confiabas en mí. Y veo que eres una chica valiente.

—¡No consiento que te burles!

—¿Quién se burla?

—¡Tú, guasón del demonio! —Lo digo en serio. Brenda. Le dijiste a Roy Edwards que a Bevison lo habías matado tú. Después, te encargaste de Drake. Y luego, accediste a subir al helicóptero, pese a saber que yo no había pilotado ninguno. Demostraste mucho valor. Y tener una gran confianza en mí.

—No fue confianza. Sencillamente, tuve que elegir entre subir al helicóptero contigo o caer de nuevo en poder de Roy Edwards y sus gorilas. Estaba entre la espada y la pared. ¡Y todo por una broma estúpida!

—Ya te he pedido perdón.

—Y yo te pido a ti explicaciones.

—¿Explicaciones...? ¿Qué clase de explicaciones, Brenda?

—Quiero saber quién eres exactamente, Tony.

—Soy Tony García, agente de la CIA.

—¡En serio!

—Soy Tony Logan, un amigo.

—¿Que se dedica a qué?

—A sacar mujeres guapas de apuros.

Brenda apretó los labios, furiosa.

—¡Sabes pelear! ¡Sabes disparar! ¡Sabes pilotar helicópteros!

—Te olvidas de lo más importante.

—¿Qué?

—También sé hacer el amor. Y te lo hubiera demostrado, de no habernos interrumpido Roy Edwards y sus hombres.

—¡Al diablo contigo! —rugió Brenda.

Tony rió una vez más y siguió pilotando expertamente el helicóptero.

Escasos minutos después. Tony Logan posaba el helicóptero en una solitaria playa.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó Brenda Jackson, que seguía con el ceño arrugado.

—¿No te apetece bañarte en el mar, a la luz de la luna...?

—¡Para baños estoy yo! Me han dado varias bofetadas, me han tirado al suelo, me han dado un punta pié en el trasero, me han apretado el cuello, me duelen las costillas, tengo un chichón en la cabeza... ¿Cómo puedes hablarme de baños a la luz de la luna?

Tony emitió una risita.

—Yo también he recibido lo mío. Brenda. Sin embargo, me gustaría bañarme contigo, desnudos los dos...

—Y poseerme en el agua, ¿no?

—Sobre la arena, mejor, después del baño.

—Olvídalo.

—¿Ya no quieres hacer el amor conmigo, Brenda? —preguntó

Tony, rodeándola con sus brazos.

—No, no quiero —respondió ella, colocándole las manos en el pecho, para impedir que la besara.

—¿Por qué?

—No quiero entregarme a un hombre que no confía en mí.

—Eso no es verdad.

—Si confiaras en mí, no me ocultarías tu verdadera personalidad.

—Ya te he dicho quién soy. Brenda.

—Sí Tony García, agente de la CIA.

—Tony Logan.

—Apuesto a que ese nombre también es falso.

—Te equivocas.

—¿Y qué es Tony Logan?

—Un amigo tuyo.

—¿Lo ves? ¡Rehuyes de nuevo la respuesta!

Tony sonrió.

—Está bien, te diré la verdad. Soy un agente.

—¿De la CIA...?

—No.

—¿Del FBI...?

—No.

—¿De qué eres agente, pues...?

—Del Servicio Secreto.

—¡No!

—Sí.

—¿Y qué haces en Acapulco?

—Me encargaron la misión de dismantelar la organización capitaneada por Roy Edwards.

—Entonces, no estabas en el hotel Caribe por casualidad...

—No.

—¿Me vigilabas?

—Sí.

—Luego sabías que yo...

—Tenía informes de que habías estado en la organización de Roy Edwards y que la habías abandonado.

—Y decidiste utilizarme.

—Yo no lo llamaría así —carraspeó Tony.

—¿Cómo lo llamarías, entonces?

—Sabía que corrías peligro, que los hombres de Roy Edwards te andaban buscando. Quise protegerte.

—¡Cínico!

—Por favor, Brenda. No niego que pensaba obtener información de ti, pero...

—Y la tuviste. ¡Te lo confesé todo! ¡Fui una estúpida al confiar en ti!

—Cálmate, te lo ruego.

—¿Que me calme...? ¡Te has burlado de mí! ¡Y voy a ir a la cárcel por tu culpa!

—Ni me he burlado de ti, ni vas a ir a la cárcel.

—¿No?

—No habrá ningún cargo contra ti, puedes estar segura. Yo me ocuparé de eso. Diré que me ayudaste a llevar a cabo mi misión, y te librarás de la cárcel.

El rostro de Brenda se iluminó.

—¿Lo dices en serio, Tony?

—Claro.

—Como sea otro de tus engaños...

—No volveré a engañarte, Brenda.

—Eres un tipo excelente. Tony. Mi agradecimiento, si cumples tu palabra, será eterno.

—¿Por qué no me adelantas algo?

—Lo que quieras.

—Ya sabes lo que me gustaría hacer.

—A mí también —confesó Brenda, y le besó.

Tony la estrechó contra sí y le devolvió el beso con ardor.

A Brenda le dolieron las costillas, pero no se quejó. Valía la pena.

* * *

Tony y Brenda fumaban sendos cigarrillos, echados sobre la arena, y de cuando en cuando se daban un beso o se acariciaban el uno al otro.

—¿Qué fue de nuestras maletas, Brenda? —preguntó el agente secreto.

—Quedaron en el *bungalow* del motel Sheridan —respondió ella.

—Habrá que ir por ellas.

—¿No será peligroso?

—¿Por qué?

—Roy Edwards y sus hombres pueden andar por allí.

—Peor para ellos.

Brenda sonrió.

—Estás seguro de ti mismo, ¿verdad?

—Confío en mis posibilidades. Y tú debes confiar también.

—¿En las tuyas o en las mías?

Tony le pellizcó la barbilla.

—En las de ambos —dijo, y la besó.

Un par de minutos después, el agente arrojaba el resto de su cigarrillo y se erguía.

—Vámonos, Brenda.

Ésta se incorporó también.

—¿Al motel Sheridan? —preguntó.

—Sí.

—Verás cómo nos encontramos con Roy Edwards, Morgan y Pardy.

—Los saludaremos a los tres.

—Que no nos atrapen de nuevo, es menester.

—Puedes estar segura de que no. Anda, vamos.

Subieron los dos al helicóptero.

Antes de que Tony lo pusiera en funcionamiento, Brenda dijo:

—Nunca olvidaré esta playa.

—Ni yo, por la misma razón que tú —habló el agente secreto.

Brenda lo miró.

—Fueron unos momentos maravillosos, ¿verdad?

—Desde luego. Y eso que me dolían los riñones.

—¡Ya mí las costillas y el trasero! —recordó Brenda, riendo.

Tony rió también y sugirió:

—La próxima vez, aún será mejor.

—Seguro.

Se besaron y después el agente puso el helicóptero en movimiento, dirigiéndolo hacia el motel Sheridan.

Roy Edwards, Morgan y Pardy, efectivamente, habían vuelto al motel Sheridan, confiando en que, más pronto o más tarde, Brenda Jackson y su protector volverían en busca de sus equipajes y del Dodge.

Habían ocultado el Buick entre los árboles, a una cierta distancia del motel, para no ser descubiertos por Tony y Brenda cuando éstos volviesen.

Desde allí, divisaban perfectamente la entrada del motel y los *bungalows*. De manera especial, el número 12.

De pronto. Roy Edwards detectó el ruido de un motor.

Y no de coche, precisamente.

—¡Escuchad eso, muchachos! —exclamó.

Morgan y Pardy tensaron las orejas.

—¡Parece el motor de un helicóptero! —chilló el primero.

—¡Son Brenda y el tipo, que vuelven! —Ladró Pardy.

—¡Salgamos del coche, rápido! —clamó Roy.

Saltaron los tres del Buick y empuñaron sus armas.

No tardaron en descubrir el helicóptero.

Tony Logan estaba aterrizando a una prudente distancia del motel Sheridan, por razones obvias.

—¡Vamos por ellos! —apremió Roy.

Corrieron los tres hacia el helicóptero.

Tony había parado ya el motor, pero las hélices aún seguían girando.

No obstante, él y Brenda saltaron al suelo.

El agente había empuñado la
Smith & Wesson,
por si acaso.

Y le vino muy bien, ya que Roy Edwards, Morgan y Pardy aparecieron a los pocos segundos, soltando tiros.

—¡Al suelo. Brenda! —gritó Tony, empujándola.

La rubia quedó pegada a la tierra.

Tony, también en el suelo, respondió al fuego de los tipos.

Su excelente puntería se puso otra vez de manifiesto, ya que con su primer disparo le voló la cabeza a Morgan. Su segunda bala se alojó en el pecho de Pardy, a la altura del corazón.

La tercera y la cuarta, fueron para Roy Edwards.

Era el jefe de la organización y se merecía una doble ración de

plomo. Y se fue también al infierno, claro.

Allí es donde debía estar, acompañado de Morgan, Pardy, Drake y Bevison. La banda completa.

De ahora en adelante, sólo podrían venderles drogas a Satanás y su corte de demonios.

Es un decir, claro.

EPÍLOGO

Tony Logan y Brenda Jackson habían vuelto en su Dodge al hotel Caribe, con sus equipajes, retirados del motel Sheridan. Esta vez, sin embargo, no ocuparon habitaciones distintas, sino una sola, como en el motel.

Les dieron la 550.

Y en ella se encontraban ya, tomando sendas copas.

—Brenda...

—¿Qué?

—Quiero que vuelvas conmigo a Estados Unidos.

—¿Para qué?

—Tienes que informar de todo cuanto sepas con relación a las personas que recibían los cargamentos de droga introducidos en el país por la organización de Roy Edwards.

—Mandaré a la cárcel a mucha gente...

—Pero tú te salvarás y podrás llevar una vida normal, honrada, que no te cree problemas con la ley.

—Claro.

—Era lo que querías, ¿no?

—Desde luego.

—¿Vendrás conmigo, entonces?

—¿Sólo quieres que vaya por eso? ¿Para informar de...?

Tony le pasó el brazo por la cintura y la besó en los labios, dulcemente. Después, dijo:

—Hay algo más. Brenda.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Quiero tenerte a mi lado.

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de ti.

—Yo sí que me he enamorado de ti. Tony, pero dudo que tú...

—¿Por qué lo dudas?

—Bueno, sabes lo que he sido, lo que he hecho, y...

—Te quiero, Brenda. Y no me importa lo que hayas sido ni lo que hayas hecho. Sólo me importa el presente. Y el futuro, porque pienso vivirlo contigo.

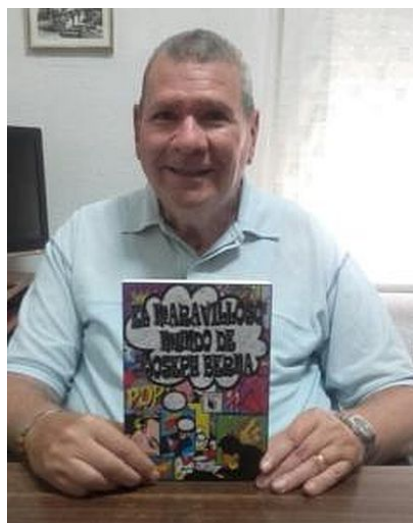
Brenda no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—¿Estás seguro, Tony?

—Sí, sé que seré feliz a tu lado.

—Haré cuanto pueda para que así sea, te lo juro —susurró Brenda, tan emocionada como dichosa. Y ahora fueron sus labios los que buscaron el contacto con los de Tony.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».